



**Carolina
Ortigosa**

**¿Qué estás
mirando?**

¿Qué estás mirando?

Carolina Ortigosa

Imagen de portada: Jan Vasek
Diseño portada: Carolina Ortigosa

Obra registrada en el Registro de la
Propiedad Intelectual

©Carolina Ortigosa

©Mayo 2015

ISBN-13: 978-1512007190

ISBN-10: 1512007196

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra, son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Dedico este relato a todos aquellos que luchan por la persona que aman, a pesar de las dificultades o de los obstáculos que se puedan presentar.

1

Luna García estaba mirando por la ventana con gesto aburrido, cuando alguien llamó su atención. Le costó varios minutos reaccionar. Estaba tan ensimismada en sus recuerdos, que ni siquiera se percató de que su jefa la observaba con preocupación y su tono de voz no podía ocultar cierto tono reprobatorio.

Desde que empezó a trabajar

en la inmobiliaria, la relación con Belinda y Fabián, dueños de la agencia y también padres de su mejor amiga, habían sido como unos segundos padres para ella. No es que no lo fueran antes, pues ella y Tania Sánchez se conocían desde que eran niñas; pero la relación se había estrechado aún más desde que se veían cada día. Luna tuvo sus dudas en un principio... ya se sabe, la confianza a veces es demasiado... pero no fue el caso. Eran como una segunda familia sin contar con la abuela Aurora. Madre de su madre, la había criado desde que sus padres fallecieron en un

incendio que arrasó su hogar cuando ella apenas era una adolescente.

Ahora a sus veintiséis años, había pasado por algo parecido. Igualmente traumático, ya que su novio, con el que llevaba saliendo dos años, había sufrido un accidente al saltar desde unas rocas en el mar. Aunque todo apuntó al principio a que se recuperaría, no sobrevivió y Luna llevaba sin ir a la playa desde entonces. Tampoco había vuelto a salir con nadie, a pesar de que desde la muerte de Hugo ya habían pasado más de once meses. De hecho, en dos semanas

sería el aniversario del fatídico día y por eso su mente divagaba con más frecuencia de lo normal.

No era nada extraño porque había estado muy enamorada. Conoció a Hugo Vidal en una discoteca y congeniaron de inmediato, era de esas personas que caen bien a todo el mundo, atractivo y muy divertido. Desde que le puso los ojos encima, estuvo segura de que ese chico era para ella, y como solo se llevaban unos meses, pues también tenían en común muchas cosas, como las ganas de salir y pasarlo bien, sin pensar demasiado en el futuro.

Hugo era demasiado temerario para el gusto de Luna, pero siempre le gustó esa faceta de su personalidad. No le temía a nada y aunque eso le hacía ser tan especial, también fue su perdición. Le apenaba recordar que ese fin de semana habían discutido porque ella pensaba que se estaba pasando con tanta aventura. Él le espetó de malos modos que era su manera de ser, le gustaba la adrenalina y sin ella no pensaba vivir. Muy a su pesar, se dio cuenta de que Hugo podría vivir perfectamente sin ella, pero no sin sus actividades de alto riesgo. Sin embargo, como siempre,

se había resignado y se despidió con un «Adiós» sin mucho sentimiento. Él ni siquiera respondió. Detestaban discutir y cuando eso sucedía, a menudo Hugo se iba durante días para que el ambiente se relajara entre ellos. Así funcionaba él la mayoría del tiempo.

Como estaba enamorada, procuraba tomarse a bien sus arrebatos, pero no podía evitar sufrir ataques de ansiedad cada vez que este le anunciaba que pensaba hacer parapente o alguna de sus locuras. Lo que al principio le pareció alucinante, pronto se

convirtió en una dura carga que soportar.

No siempre fue así; cuando estaban juntos, Luna se sentía en una burbuja. Era feliz a su lado. Pero era más que eso, no podía vivir sin él, porque era parte de ella misma. Se sentía comprendida y querida, y aunque a veces discutían, como todas las parejas, no podía imaginarse con otra persona que no fuera él.

Ahora ya nada de eso era posible y después de todo este tiempo sola, se daba cuenta de muchas cosas. Algunas que a ella misma le costaba entender, pero al

no tener a Hugo a su lado, podía ver con perspectiva su noviazgo. No sabía si era justa, porque solo era su visión parcial de la relación, pero se sentía un poco vacía. Y no por echarle de menos, lo cual era mucho peor.

—¿Te encuentras bien, cielo?

—inquirió Belinda.

—Lo siento, estoy algo distraída.

—Ya veo. Si quieres puedes irte a casa —comentó con ternura—. Tania está a punto de llegar, así que puede quedarse a cerrar por ti.

—Gracias, me vendrá bien descansar un poco.

Ante su comentario, Belinda asintió con tristeza. A nadie se le escapaba el detalle de que pronto era el aniversario de la muerte de Hugo y a menudo la trataban como si fuera a romperse. A Luna eso le partía el corazón, porque ninguno sabía cómo era Hugo en realidad. Y no lo sabrían nunca. Era lo mejor. De ser así, aparte de sentir pena por ella, la compadecerían y no tenía ganas de despertar eso en personas a las que apreciaba, era humillante y no deseaba otra cosa que olvidar.

Si fuera tan fácil...

Estaba ya en la cama y se sobresaltó al oír el teléfono móvil. Maldijo su mala memoria, porque si se hubiera acordado de apagarlo o de quitarle el sonido, ahora podría continuar soñando con ese hombre misterioso de ojos azules y profundos.

Con el corazón palpitando sin control, alargó la mano y acabó por estrellarlo contra el suelo. La batería salió volando y Luna sonrió con ironía: justo donde la quería. Así la dejarían en paz. Solo que... podía ser Tania. Aunque era

bastante tarde, era su mejor amiga y ella no la dejaría en la estacada si necesitaba algo. Si se equivocaba, siempre podía volver a tirar el teléfono al suelo y volver a soñar.

Acababa de montarlo de nuevo y encenderlo cuando entró otra llamada. No se equivocó al imaginar que sería su mejor amiga. Respondió enseguida.

—Te fuiste pronto, ¿te pasa algo?

—Hola a ti también. Solo estoy cansada —dijo con voz pastosa.

—¿Estabas acostada?

—Claro que sí, tengo la

costumbre de dormir por las noches —comentó sarcástica.

Luna oyó una risita al otro lado de la línea.

—Me preocupas.

—Pues no debería, ya soy mayorcita, se me pasará.

—No es eso, es que cada vez te pareces más a tu abuela —dijo—. Y no es que no adore a Aurora, pero es que sus costumbres se te están pegando más con los años.

—No sé a qué viene eso —dijo algo crispada.

—Viene, a que solo son las diez y ya estabas acostada como una niña de ocho años. No puedes

seguir así —el tono de su voz denotaba preocupación y Luna tuvo que respirar hondo para no echarse a llorar—. Mira, te llamaba porque he hablado con mis padres y nos van a dar vacaciones a las dos. Nos iremos quince días aprovechando que aún es temporada baja. Es poco tiempo, así que pensé ir a Almuñécar. Si mis padres necesitan algo, podemos subir enseguida. Al fin y al cabo, la playa queda a una hora y media más o menos. Claro que ya les tengo dicho que si no es cuestión de vida o muerte, no me llamen para nada.

—No creo que pueda ir a la

playa, la verdad es que no quiero dejar sola a la abuela y...

—Excusas —cortó a Luna—. Me ha costado mucho convencer a mis padres de que nos den dos semanas seguidas a las dos a la vez. No puedes negarme este pequeño placer. Hemos trabajado tanto —terminó la frase con un tono infantil y Luna la imaginó haciendo pucheros ella sola.

Suspiró de manera sonora, para que no se le fuera a escapar ese detalle a Tania, y sonrió a su pesar.

—Está bien —claudicó.

La verdad es que le apetecía

desconectar. Sabía que la playa le traería recuerdos, pero debía superarlo. Quizás era lo que le hacía falta para empezar de nuevo aunque no lo viera muy claro.

De repente se dio cuenta de que le hacía ilusión pasar un tiempo fuera de Granada y el bullicio de coches y gente que va con prisas a todas partes. Ella incluida.

Tania se puso a explicarle que mientras hablaban, estaba haciendo una reserva en un hotel de la zona que estaba muy bien. Tenía *spa*, piscina climatizada y unas instalaciones impresionantes. Ella, por otro lado, solo tenía en mente

una palabra: vacaciones. Algo que no disfrutaba en condiciones desde hacía años en realidad.

Con una enorme sonrisa en la cara, empezó a pensar en todas las cosas que quería comprar para marcharse al cabo de unos días.

El viernes siguiente, con las maletas en el coche de Tania y con sus padres en la puerta de casa abrazados como si estas se fueran a ir a la guerra, se despidieron con la mano por tercera vez y ocuparon sus asientos. Con los cinturones

abrochados, ambas sonrieron con nerviosismo y alegría y salieron a toda marcha.

Luna tenía el estómago encogido. No por las vacaciones. En realidad estaba entusiasmada. Sino porque el día del fatídico aniversario era al cabo de tres días y ella, en lugar de estar triste por ello, se encontraba extasiada. Parte de su ser, le hacía notar que estaba siendo egoísta, pero trató de ignorarlo, ya estaba bien de tanto melodrama. Era momento de disfrutar, de pasar página.

Con la música a toda pastilla para amenizar el trayecto, fueron

cantando como dos locas de remate. Era justo lo que necesitaban después de muchos meses de tedio y trabajo duro. La monotonía acababa volviendo grises los días, y ahora que la primavera estaba en su apogeo, era momento de disfrutar de la vida y de los días de sol.

El aire que entraba por las ventanillas, revolvía el cabello de Luna que se lo había dejado suelto y aunque lo tenía muy largo y le azotaba en la cara, no le importaba para nada. Incluso pensó en darse mechas de algún color para acabar con su inamovible castaño de

siempre. Pero quizás sí era una locura teñirse el pelo en un arretrato. No lo había hecho nunca antes, aunque siempre hay una primera vez para todo. Quizás era momento de experimentar cosas nuevas. Siempre había sido algo comedido con todo lo relacionado con su vida. Muy posiblemente por haber sido criada desde pequeña por su abuela, pero no era algo que la preocupara demasiado. Ella hacía las cosas que le gustaban.

¿O estaba equivocada?

Meditó en silencio.

2

Llegaron al hotel sobre las doce y media. Después de registrarse y tomar la copa de bienvenida, subieron las maletas a la habitación. Se cambiaron de prisa y ya con los bikinis puestos, bajaron a la piscina. Tania llevaba un vestido corto playero, sus chanclas y un bolso grande para las toallas. Luna se puso un pantalón corto y una camiseta de tirantes

holgada y abierta por los costados, lo que dejaba al descubierto buena parte de su abdomen y espalda. El bikini era el típico de triángulos, así que no le importaba que se viera, además, iban a la piscina, tampoco tenían que ponerse un albornoz para pasear dentro del hotel, se dijo.

Un grupo de chicos jóvenes se las comieron con los ojos en uno de los pasillos y Tania sonrió.

—No sé cómo aguantas tanto tiempo soltera. Los tíos se te rifan. Tienes un tipazo de muerte y no te esfuerzas nada de nada. En cambio yo —soltó en un tono lastimero—,

me paso meses a régimen para no engordar ni un gramo. Es un suplicio.

—Sobre todo cuando hay una tarta de chocolate de por medio...
—bromeó Luna.

—¿Qué? ¿Tarta de chocolate?
¿Dónde?

Las dos se rieron a carcajadas por el camino y los chicos que se habían quedado mirando, las observaron con más interés.

Llegaron a la puerta que conducía a la piscina y Tania la abrió. Esta se dio cuenta de que los tres chicos se habían detenido, y muy coqueta, dejó la puerta abierta

para que Luna pasara antes y así dedicarles una mirada con una clara invitación.

Entró sin más, dejando que ellos tomaran la iniciativa de seguirlos o pasar del tema.

—Es posible que tengamos compañía. ¿Te apuntas si nos proponen algún plan?

—Qué pereza. La verdad es que paso de tíos —dijo con una mirada calculadora—. Puedes quedártelos todos —concluyó.

—Venga ya. Sabes que a mí me gusta ir de uno en uno... —bromeó.

—Bueno, ya se sabe. En

vacaciones todo puede pasar —
murmuró arqueando ambas cejas.

Oyeron alboroto y vieron a los chicos acercarse a ellas. No tenían aspecto de ir en la piscina, pues vestían con vaqueros y camisa. Sin embargo, parecían claramente interesados en conocerlas y tras una breve presentación y una conversación condescendiente, quedaron allí mismo al cabo de un rato.

—No nos moveremos de aquí —aseguró Tania, recogiendo su corto pelo rubio tras las orejas y pestañeando de manera exagerada e intencionada en dirección a su

amiga.

Esta bufó y cuando los admiradores de Tania desaparecieron, ella se quedó en bikini y se sumergió en la piscina. Se recogió su larga cabellera castaña en un moño muy cómodo para nadar y allí se quedó un buen rato.

No le apetecía demasiado alternar con esos tipos que debían ser más jóvenes que ellas. Vamos, unos chicos de veintipocos años, que no eran ni adolescentes ni tampoco hombres maduros con los que se pudiera conversar de algo interesante. Una extraña mezcla de

hormonas y encanto superficial que no le atraía especialmente. En general era el sexo masculino el que no le interesaba nada últimamente.

No había mucho más donde elegir, puesto que el resto de personas que había por allí eran de la tercera edad haciendo ejercicios con una monitora, que incluso de lejos, desprendía energía para dar y tomar.

Luna siguió haciendo largos. Pensó que se estaba muy bien en una piscina donde no sintiera escalofríos cada dos por tres. Como cerca de ella no había nadie,

se echó hacia atrás y cerró los ojos sintiéndose relajada por primera vez en mucho tiempo. Un ruido cercano le hizo abrirlos de golpe y se encontró con los brillantes ojos de su mejor amiga. Su azul chispeante le indicó que tenía algún proyecto en mente. Le entró miedo.

—Oye —susurró acercándose al borde de la piscina—, resulta que van a ir a la playa a comer y nos han invitado. ¿Quieres que vayamos?

Luna suspiró. No le apetecía nada, pero claro, se lo estaba pidiendo Tania. Decir que no, era imposible, y no porque se fuera a

molestar, sino porque para eso están las amigas: para apoyar los planes si una de ellas lo necesita. Al parecer Tania había echado el ojo a uno de ellos.

Ahora que estaban a cierta distancia, Tania pudo detallarle que uno de ellos tenía veintiún años, y los otros dos tenían veinticinco. Al menos no eran unos niñatos. Tania tenía su misma edad y Luna uno más. Al parecer compartían más cosas de las que parecía en un principio.

Tania se sumergió en el agua para poder cotillear con ella. Le aseguró que el que le gustaba era

bastante interesante, se llamaba Rubén Aranda; era gerente de un famoso restaurante de la zona y al parecer, también un buen amigo del dueño del hotel en el que estaban hospedadas.

—Al menos es mejor que tu último ligue —soltó Luna sin apenas contener la risa.

—Ni me lo recuerdes —espetó quedándose blanca.

Diego había sido su peor fracaso. Y no porque hubiera sido traumático ni nada de eso. El motivo por el que se sintiera asqueada al recordarle, era que había descubierto un día que se

quedó a dormir en su casa, que guardaba fotos de todas las chicas con las que se había acostado. Y no unas fotos cualquiera. No. Las chicas aparecían completamente desnudas y en posturas demasiado indecentes para su tranquilidad. Tania no deseaba formar parte de esa caja repleta de chicas que se habían dejado fotografiar como si quisieran aparecer en calendarios X. Ella no era así. Buscaba un chico decente con el que tener una relación estable y sana. Algo que pudiera tener futuro. A sus veinticinco años, deseaba a alguien con quien poder compartir su vida,

a quien poder presentar a sus padres. Y no un coleccionista de trofeos femeninos... a saber qué hacía luego con esas imágenes, meditó consternada.

Una voz masculina la despertó de sus cavilaciones internas. Miró a Luna y sonrió. Tenía un buen presentimiento para estas vacaciones. Sentía que algo especial estaba a punto de suceder. ¿Sería a ella? ¿A las dos?

Pronto lo sabría.

Después de un buen remojón

en la piscina, fueron a cambiarse. Hacía calor, así que se pusieron unos vestidos cortos y las gafas de sol. Si no fuese porque eran tan distintas físicamente, todo el mundo pensaría que eran hermanas siamesas. Les gustaban las mismas cosas, salvo quizás, en el tema de los hombres.

Comieron en un chiringuito muy bueno y para asombro de Luna, fue un rato muy agradable. Pasearon por la playa y por la noche decidieron que irían a la discoteca del hotel, que estaba muy de moda según comentaron. Los chicos vivían a poca distancia en

Almuñécar, así que quedaron en encontrarse allí, lo que daba tiempo a ellas para ponerse guapísimas antes de salir.

Tania estaba loca de contenta con la invitación porque Rubén le prestaba toda su atención y además, parecía un buen tipo. Luna aplaudió su elección, ya que los otros dos chicos, Gabriel y Pablo, no hacían más que hablar de mujeres y baloncesto. Como si no existiera en el mundo nada más. Luna intentaba sonreír para no parecer una maleducada o una borde, pero le hubiese gustado gritarles que cerraran el pico por un rato. Por

otro lado, habría arruinado los planes de su amiga con Rubén, ya que los tres parecían muy amigos y eso hubiese acabado con el buen rollo general —y en especial con Tania—, y no deseaba privarle de ese placer. Sus ojos parecían brillar a kilómetros y como no era nada frecuente que le sucediera con el sexo opuesto, no sería ella la que le fastidiara el ligue de primavera.

La discoteca era mucho más moderna de lo que habría imaginado. Luna había estado en otras similares cuando iba a las bodas de sus familiares, pero esta, además de tener una marcha

increíble, estaba llena de gente joven. Casi como las discotecas más famosas del centro de Granada. Esas que llevaba sin pisar más de un año... incluso más de dos, ya que cuando estaba con Hugo, irónicamente, dejaron de salir tanto como les gustaba hacer al principio.

Decidió no ir por ese camino y olvidarse de lo triste. Estaba de marcha, por el amor de Dios...

Un buen copazo ayudaría.

Pidieron una ronda de chupitos en un reservado que según Rubén, les había dejado libre el dueño del hotel.

—Tendremos que darle las gracias a tu amigo. Este lugar es increíble —comentó Tania.

—Creo que está por aquí. Ligando, eso seguro.

—¿En serio? ¿No será un poco mayor para estar de discotecas? —inquirió Tania, sin duda imaginando a un viejo verde detrás de cualquier falda.

Rubén se rió con ganas y negó con la cabeza sin decir una palabra más. No le dieron mayor importancia y siguieron pidiendo rondas sin parar. El alcohol circulaba de manera peligrosa, pero lo estaban pasando tan bien, que no

pensaron en nada más.

Luna incluso pensaba que Gabriel, el otro chico que tenía casi la misma edad que ella, era muy guapo, pero al cabo de un rato lo descartó. Tenía pocas reglas cuando decidía lanzarse a la piscina y tener algún rollo o relación, y es que no lo intentaba siquiera con esos tipos que cuando ven una minifalda, se quedan babeando hasta que la pierden de vista. Y eso fue justo lo que pasó para descartarle de manera tajante.

Claro que por esa regla de tres, no iba a encontrar a nadie en su vida, pero era lo que pensaba y

no iba a cambiarlo a estas alturas.

Se acercó a la barra a pedir agua, estaba empezando a sentir que estaba más borracha de lo que había estado jamás y eso no podía ser bueno. No quería hacer ninguna estupidez. Arrepentirse de las cosas es lo peor del mundo, bien lo sabía ella. Sobre todo porque una vez que ha pasado, no hay forma de volver atrás. Nunca la hay.

Luna estaba apoyada esperando a que la atendieran y suspirando porque pensaba que eso

no ocurriría hasta el año que viene. Había tanta gente que los camareros no daban a basto. De repente, un cálido y musculoso brazo bronceado rozó el suyo, mucho más pálido en contraste.

—Perdona —susurró el susodicho dueño del brazo.

Ella se quedó con la boca abierta un instante. Parpadeó con fuerza para salir de su estupor y sonrió.

—No pasa nada.

Sonrió y él hizo lo mismo. Sus ojos azules se iluminaron como las luces de Navidad. Ella se quedó hipnotizada un momento.

—¿Cómo te llamas?

—Luna. ¿Y tú?

—Soy Adrián. Es un placer —

al pronunciar la última palabra, Luna se derritió. Este le tendió la mano y ella se la estrechó, sintiendo un estremecimiento por todo el cuerpo—. Eh, Roberto. Ven un momento —llamó al camarero.

El tal Roberto, se giró como un robot y llegó en un segundo a su posición junto a Luna. Ella se quedó pasmada. Se preguntó quién sería. Un habitual, imaginó.

—Me pones dos mojitos y...

—miró a Luna y esta se sintió avergonzada por pedir un simple

vaso de agua. No por nada, pero estar esperando media hora para solo eso, era ridículo. Se lo pensó un instante y dijo que quería lo mismo—. Pues tres entonces.

El camarero asintió con una sonrisa complaciente y los preparó en un tiempo récord. Los dejó sobre la barra y cuando Adrián le dio su gesto de aprobado con el dedo pulgar antes de coger las copas, este se marchó muy satisfecho. Le tendió el vaso a Luna y ella miró contrariada, sin saber muy bien qué decirle.

—Estás invitada.

—Ah, esto... gracias.

Adrián le guiñó el ojo y entonces una mujer impresionante apareció por detrás y le abrazó por la cintura. Su melena rubia cayó hacia delante, como envolviendo el hombro de Adrián y este desvió la mirada hacia ella. Sonrió de manera lasciva y Luna no pudo por menos que arrugar el entrecejo. Vaya con el depredador de mujeres, pensó. Puso los ojos en blanco y carraspeó.

—Gracias por la copa —soltó en un tono hosco.

Se marchó y él se despidió con un: no hay de qué, en un tono burlón. Luna se giró al oír a la

mujer rubia preguntarle a qué venía eso. Adrián la ignoró y miró directamente a Luna que se había vuelto hacia él. Su expresión provocadora hizo que se molestara aún más. No podía creer que un tío, por muy bueno que estuviera, se dedicara a coquetear con todas a la vez sin importarle nada. Detestaba a los hombres así.

Cuando Luna volvió al reservado, se encontró con una Tania muy acaramelada con Rubén. Los otros dos seguían de charla y ella empezaba a aburrirse.

Al quedarse sola con la parejita, que no paraba de comerse

los morros, decidió que había tenido bastante por ahora. No le apetecía quedarse para sujetar velas. Se despidió y para que su amiga no se sintiera mal, les dijo que se encontraba cansada.

Se tumbó en la cama y en la soledad de la habitación, se quedó dormida. La intacta cama de Tania, indicó que esta no fue a dormir a su habitación esa noche.

3

El sábado por la mañana, antes de bajar sola a desayunar, Luna llamó a Tania al móvil. No le respondió, pero mientras se vestía para salir, recibió un mensaje instantáneo. Se había quedado a dormir con Rubén, ante la sorpresa de Luna que no daba crédito. Su amiga no era así, pero bueno, ya se sabe, en vacaciones se cometen todo tipo de locuras.

Sonrió con cierto pesar y leyó el resto del mensaje. Habían quedado en media hora en el restaurante, pero como ella no tenía mucho más que hacer, prefirió irse ya y esperarles mientras tomaba un café y de paso, se despejaba un poco. Dejó la bolsa de la playa preparada, pero no la llevó consigo, porque Tania debía volver a por la suya si es que quería bajar con ella a tomar el sol. Ahora que estaba tan acaramelada con Rubén, quizás sus planes habían cambiado.

Se encontraba sentada con una humeante taza de café en la mano, mirando a los huéspedes del hotel

pasar de un lado a otro del bufet y pensando en los días que aún le quedaban por delante. Suponía que la cosa iría a mejor. Unos días de descanso era lo que necesitaba, pero Luna empezaba a darse cuenta de que eso no iba a pasar como había imaginado. No podía recriminar a Tania que hubiese encontrado un entretenimiento, porque su amiga tampoco había tenido mucha suerte con sus ligues en el pasado y se merecía pasarlo bien. No sabía si lo suyo con Rubén sería algo más que un rollo pasajero, pero fuera lo que fuese lo que el destino le tenía preparado,

merecía vivir el presente y divertirse. Luna la quería muchísimo, más que a una hermana y no podía hacer otra cosa que alegrarse por ella.

Suspiró y cerró los ojos con fuerza, frotándolos con sus dedos. Al levantar la mirada, se encontró con Tania y Rubén que caminaban hacia ella con sonrisas idénticas de pura felicidad. Qué par de tortolitos, pensó Luna.

—Sentimos llegar tarde —se disculpó Tania.

Estaba resplandeciente y miraba a Rubén como si fuera el último manjar de un succulento

banquete.

Él se levantó y muy solícito les preguntó si querían que les trajera algo. Tania estaba famélica así que se explayó con su pedido. Rubén después de tomar nota mental, la repasó con una intensa y verde mirada y fue a por una bandeja.

Luna se acercó a su amiga, sentada enfrente, y usó un tono conspirador.

—¿Qué pasó anoche? —inquirió con sorna—. Parece que Rubén bebe los vientos por ti.

Esta soltó una risita y tras echarle un breve vistazo a su

hombre para asegurarse de que estaba ocupado y no podía oír nada, se puso la mano en el pecho y suspiró muy teatral.

—Está como un queso... no sabes lo bien que besa.

—Es obvio que no —dijo Luna antes de darle un sorbo a su café. Le sentó de maravilla—. No puedo creer que te hayas acostado con él en la primera noche.

—Lo sé, es una locura, pero es que no pude resistirme —mordisqueó sus uñas y volvió a fijar su mirada en su amante, que estaba terminando de coger la comida—. Es un verdadero Dios

del sexo.

Luna soltó una risa ahogada. No podía creerse que su mejor amiga hubiera dicho aquello.

—Prefiero que te ahorres los detalles. No me apetece imaginarte con él en la cama.

—Lo siento —se lamentó Tania con una sonrisa culpable—. Es que es difícil encontrar a un hombre que tenga todo lo que una mujer pueda desear.

—Oh... deja ese tono seductor para cuando estés en la intimidad con él. Estás empezando a ponerme de los nervios —le reprendió con cariño.

Tania se sonrojó, pero se le pasó pronto cuando el presunto Dios del sexo se sentó a la mesa a su lado y se dedicó a prepararle el desayuno como si fuese una niña pequeña: con mucho mimo.

Luna pensó, que nadie había hecho eso por ella nunca, excepto su madre. Se puso triste al recordarla y decidió que no era el momento de ponerse nostálgica.

Fue un rato sorprendentemente placentero. Rubén parecía un hombre joven y sensato. Tenía bastante responsabilidad en el restaurante que regentaba y no se tomaba la vida a la ligera. Eso

tranquilizó a Tania, y como era evidente, también a su amiga que se preocupaba por ella. No quería que volvieran a hacerle daño.

—Oíd, mañana por la noche el dueño del hotel da una fiesta en su casa. Es un buen amigo, claro, así que estoy invitado —comentó Rubén—. Esta mañana le dije por teléfono que llevaría a alguien, así que si os apetece ir, estaré encantado de llevaros.

—Vaya, gracias. Nos encantará. ¿Verdad Luna? —inquirió Tania con gran interés. Esperaba que Luna no se negara a acompañarla.

Se sostuvieron la mirada un instante.

—Será divertido. Si no te importa que vaya yo también, por supuesto.

—Claro que no. Lo pasaremos muy bien, ya veréis. Estoy seguro de que no habéis visto una fiesta igual —aseguró con una enigmática sonrisa.

Ninguna de las dos había llevado en la maleta un vestido adecuado para una fiesta de etiqueta, así que fueron de compras

a una boutique que el mismo Rubén les había recomendado. Pasaron un rato estupendo recorriendo las tiendas y cuando por fin encontraron lo que buscaban, fueron a una peluquería muy sofisticada, donde se dejaron mimar. Podían haber ido al mismo hotel para retocarse en el centro de belleza, pero ya que estaban fuera, aprovecharon al máximo la tarde del sábado. Si al final iban a la playa el domingo por la mañana, siempre podían ir de nuevo a la peluquería antes de la gran y misteriosa fiesta. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gusta que la peinen y

le hagan la manicura y pedicura mientras sueña despierta?

Estaban agotadas cuando regresaron al hotel después de ir a la playa por la mañana y haber salido toda la tarde de compras, pero no podían quedarse en la cama. Se ducharon por turnos y se arreglaron para salir de fiesta. Estaba claro que un sábado sin ir de marcha, no era sábado. Y eso no podía ser.

Luna se puso una minifalda y un top blanco con unas sandalias de plataforma que la hacían mucho más alta de lo que era, con su metro sesenta. Se retocó un poco el

peinado desenfadado que le habían hecho en la peluquería y su pelo castaño oscuro cayó hacia atrás sin perder un ápice de volumen. Le encantaba el resultado.

Soltó un silbido cuando Tania salió del cuarto de baño. Ella había optado por un pantalón corto negro y una camisa gris perla que caía con suavidad hasta la cadera, tapando casi por completo el pantalón. Estaba muy guapa, pero según la postura, casi parecía que no llevaba nada debajo. Luna no se veía capaz de lucir un modelito así, pero claro, ella era un poco más convencional que su amiga. Solo un

poco.

—Estás divina de la muerte —
soltó Luna dando palmas.

Tania echó su corto pelo hacia atrás, simulando que tenía una larga cabellera rubia, e hizo una pose artificial sin dejar de reírse.

—Yo lo valgo, chica.

Las dos se carcajearon y con un desbordante entusiasmo, salieron de la habitación hasta el restaurante del hotel. Cenarían y tomarían un café bien cargado antes de ir a la discoteca, ya que además, era un poco pronto para encontrarse con los chicos allí.

Tania miró el móvil con una

sonrisa soñadora y le mostró a Luna lo que Rubén le había escrito: «Cuento los minutos para verte. Estaré allí en cuanto pueda escaquearme de mi cena familiar».

—Ufff, lo tienes súper colgado, ¿eh?

—Los dos estamos igual. La verdad es que es más maduro de lo que parece y esos ojos verdes me tienen loca. De su cuerpo mejor no hablamos.

—Mejor —convino Luna sonriente.

A las doce de la noche, estaban bailando como locas, divirtiéndose como hacía bastante

tiempo, cuando salían más a menudo. Ninguna de las dos se arrepentía en lo más mínimo de hacer este viaje, y menos aún, porque a Luna le estaba sirviendo para no pensar en Hugo. Todo un reto.

Rubén se había quedado en el mismo reservado que el día anterior, con un grupo de chicos y chicas que conocía, así Luna y Tania podían pasar un rato juntas. Al fin y al cabo, eso era lo que querían.

Aunque Tania había hecho buenas migas con Rubén, no había ido hasta allí, arrastrando a su

amiga, para luego dejarla tirada. Por muy tentador que fuera estar cada minuto con él, no se perdonaría jamás si por su culpa, Luna se sentía sola. El viaje lo hacía básicamente para que se divirtiera y desconectara. Para que olvidara que solo quedaban dos días para el aniversario de la muerte de su novio. Era precisamente lo que harían las dos juntas. Como siempre. Parecía que no podían vivir la una sin la otra aunque los últimos años la relación de amistad había pasado por varios baches; primero porque cuando apareció Hugo, Tania se había dado

cuenta de lo absorbente que era y lo encaprichada que estaba su amiga; y segundo, porque cuando murió, Luna se quedó tan destrozada, que no había vuelto a ser la misma. Sin embargo, algo le decía que este viaje cambiaría todo eso para mejor. Tania cruzó los dedos con fuerza.

Cuando Rubén se acercó para bailar con Tania, Luna sintió que sobraba allí. Ni estaban bailando pegados, ni una lenta, pero ella no podía evitarlo.

Al cabo de unos minutos, se acercó a su amiga y le susurró que se iba a la cama. Estaba cansada y

aunque no era el único motivo para irse a la soledad de su habitación, era completamente sincera. Tenía los pies hechos papilla y sabía que tendría alguna ampolla cuando se descalzara. Qué remedio, era el precio por llevar tacones altos durante buena parte del día.

—Esta noche no iré muy tarde —le aseguró. Luna le quitó importancia pero Tania prosiguió —. No olvides que mañana tenemos una gran fiesta a las diez. Tenemos que estar descansadas —comentó con un desbordante entusiasmo.

—No sé cómo me metes en estos líos.

Tania sonrió y no dijo nada. Según le había contado Rubén, si su amiga mañana no encontraba a un hombre que le gustara, no lo encontraría en ninguna parte. Claro que no pensaba hablarle de esos detalles a Luna, era una pequeña sorpresa.

Caminó a paso lento hasta los ascensores y cuando se aseguró que no podía verla nadie, se descalzó y posó sus cansados pies en el frío mármol de tono crema que cubría el suelo de la primera planta del hotel.

Esperó un buen rato y empezaba a impacientarse. Llegaba un numeroso grupo de chicas borrachas y se pusieron frente a la puerta del ascensor que se abría en ese momento. Luna prefirió esperar antes que subir con ellas y quedarse sorda. Menudos gritos soltaban, pensó algo molesta. Volvió a pulsar los botones.

Escuchó unos pasos y chasqueó la lengua. Menos mal que no eran más borrachos, sino un hombre mayor con un traje impecable. Se sintió aliviada hasta que se dio cuenta de que la miraba con interés. Miró hacia otro lado y

puso los ojos en blanco. Estaba harta de que todos los cuarentones se le acercaran para intentar ligar con ella. Algunos no estaban mal, pensó, lo malo era que su padre, de estar vivo, tendría más o menos esa edad y le resultaba un poco extraño. Ella con veintiséis años, podía conseguir al hombre que quisiera. Si quisiera.

—¿Cómo es que una chica joven y guapa como tú, no está en la discoteca bailando hasta caer rendida? —inquirió el hombre sin quitarle los ojos de encima.

Luna le observó y se dio cuenta de que era más mayor de lo

que pensó en un principio. Aunque era un hombre que cuidaba mucho su aspecto, no podía disimular las pequeñas arruguitas en sus ojos azules. Tenía una mirada profunda e intensa. Le recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

Le sonrió de manera seductora. A Luna le entró un escalofrío muy poco placentero.

—Ya caí rendida —bromeó con una tensa sonrisa.

—¿En serio? —preguntó con voz ronca.

Ella se aclaró la garganta incómoda. No se había dado cuenta de que él estaba más pensativo que

interesado, pero estaba cansada y nerviosa. Y no le apetecía nada subir a solas con un hombre que la alteraba tanto.

—Vaya, olvidé algo — improvisó sintiéndose estúpida. Sabía que se estaba comportando como una tonta pero no podía evitarlo—. Adiós.

Se marchó sin mirarle. El hombre la observó un momento pensando que esa joven cargaba con algo demasiado pesado aunque no sabía el qué. Su comentario había sido totalmente inocente, pero su reacción sin embargo le indicaba que ella se lo había tomado como

algo más. ¿Un intento de flirteo, quizás? Con cincuenta y cuatro años, era muy viejo ya para eso. Sin contar con el hecho de que estaba felizmente casado. Pero había puesto nerviosa a la joven y se preguntó si se había pasado. Su carácter afable y abierto no solía causar ese efecto en nadie, pero bueno, para todo hay una primera vez. Trató de no pensar en eso, al fin y al cabo, los problemas ajenos no eran de su incumbencia. No se sabe qué circunstancias pueden llevar a la gente a actuar como lo hacen. Tenía que dejarlo estar.

Luna caminó por los pasillos

sin tener ni idea de a dónde iba. Se le escapó una lágrima solitaria y le dio rabia. ¿Por qué tenía que seguir actuando así? Cada vez que un hombre se acercaba a ella, aunque solo fuera para preguntarle la hora, se ponía tan nerviosa que era incapaz de articular palabra. Distinto era cuando su mejor amiga estaba con ella. Tania era como un salvavidas. Y aunque en la discoteca lo había pasado de maravilla, a pesar de que había un montón de chicos por todas partes, era cuando estaba a solas con uno, cuando de verdad le entraba el pánico. Había sido así desde que se

enteró de que había perdido a Hugo para siempre.

Esperaba superarlo algún día.

Suspiró con pesadez y cansancio.

Miró a un lado y otro. No sabía dónde puñetas se había metido. Aquello era tan grade y fastuoso... Creía recordar que por allí estaba el centro de belleza. Si así era, la escalera para subir a las habitaciones, andaría cerca. Pero no tenía ni idea de por dónde. Intentó abrir una y no hubo suerte. Probó con varias hasta que lo logró. No ponía ningún rótulo; tampoco prohibía el paso, así que

entró.

Estaba más oscuro que en el pasillo pero una luz azulada le llamó la atención. Era la de la piscina. No sabía que a esas horas pudiera estar abierta y se alegró. Si iba con cuidado y no hacía ruido, podía darse un baño solitario y calentito antes de irse a dormir. Las luces interiores le daban un aspecto muy relajante, casi mágico.

Sin pensarlo demasiado, con unos rápidos manotazos, se deshizo de sus prendas de vestir y se quedó en ropa interior. Se recogió la melena en un moño descuidado y se metió en el agua desde el bordillo.

Cuando se sumergió por completo, nadó hacia el centro de la piscina, volvió a subir para coger aire y sin hacer movimientos bruscos, volvió hacia un lado para salir en caso de que llegara alguien. Podía irse corriendo o decir la verdad y confesar que había visto la puerta abierta. Dudaba que nadie pasara por allí a esas horas, así que no lo pensó demasiado.

Aquello era muy relajante. Se quedó flotando boca arriba y miró al techo que reflejaba los movimientos del agua. Así estuvo un buen rato.

Escuchó un ruido y aunque

pensó que podía ser el agua o cualquier otra cosa sin importancia , algo le hizo incorporarse y girarse. Su mandíbula se desencajó por completo cuando se vio descubierta por un hombre que estaba a poca distancia.

¿Quizás algo mayor que ella?

Eso daba igual, en realidad.

Lo importante era cómo estaba allí plantado frente a ella al otro lado de la piscina: completamente desnudo.

Soltó un grito ahogado. Durante unos segundos intentó pensar algo con coherencia, pero le resultaba difícil viendo a aquel adonis frente a ella como su madre lo trajo al mundo. ¿Por qué tenía que pasarle esto a ella?

No pudo evitar fijarse en una parte concreta de su anatomía y aunque se sentía terriblemente avergonzada, sus ojos se quedaron

clavados demasiado tiempo en ese lugar en particular. Se dijo a sí misma, que era culpa de él, por tener aquel tamaño...

Una sonora carcajada la sacó de su estupor.

—¿Qué estás mirando?

Luna le miró contrariada. Tenía que salir de allí cuanto antes. Fue a subir el bordillo, pero se dio cuenta de que estaba en ropa interior. Un conjunto de lencería bastante provocativo y transparente, para más señas. Aquello iba de mal en peor. Se encaró con él e incluso en la distancia que los separaba, pudo ver que arqueaba las cejas

con expresión expectante. Puso los brazos en jarras, sin duda alguna, se encontraba muy tranquilo a pesar de estar mostrando más de lo que a Luna le gustaría. Al menos para ser alguien a quién no conocía. O eso creyó. Le resultaba familiar su cara, se dijo cuando consiguió fijar allí su mirada y no un poco más abajo.

Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que era el hombre con el que habló en la barra del bar. Vaya, el depredador de mujeres. Ahora comprendía su actitud, claro. Parte de su pudor desapareció, al fin y al cabo, los tipos así no le gustaban nada de nada.

—Si no te importa, me gustaría que te volvieras para poder salir de la piscina.

Una sonrisa malévola surgió en sus perfilados y tentadores labios. El corazón de Luna se desbocó a pesar de todo.

—No sé si te mereces esta cortesía. Eres tú la que ha entrado sin ser invitada.

—La puerta estaba abierta — espetó tratando de defenderse—. No creo que sea un delito bañarse en la piscina. Tú también estás aquí, ¿no?

—Bueno, yo tengo permiso.

—Ya.

Recordó que su nombre era Adrián. Cuando se cruzó de brazos, supo que aquello acabaría fatal si seguía por ese camino. Se notaba a kilómetros, que era la clase de hombre que disfrutaba con esas luchas de poder y ella no pensaba jugar. No era su estilo mezclarse con tíos así.

Subió por el bordillo y cogió su ropa. Se maldijo por haber sido tan impulsiva. Ahora estaba empapada de los pies a la cabeza y le daba vergüenza que la gente le viera así. El top blanco fue un error, pensó. Tenía que ir hasta los ascensores o en su defecto a la

escalera, pero si alguien del hotel la veía, seguro que le llamaba la atención por ir mojando todo a su paso.

Qué horror, se lamentó.

Miró a Adrián, que se había acercado hasta casi rozar el agua y se sumergió de cabeza con un salto limpio, apenas sin salpicar.

No sabía qué hacer. ¿Salir corriendo o pedirle una toalla? Seguro que él sabía dónde había alguna. O quizás no. Nerviosa, se dio cuenta de que se acercaba hasta donde estaba ella. Esperó.

Emergió la cabeza y echándose el pelo hacia atrás, la

miró con lascivia al verla aún allí. A Luna se le secó la garganta cuando pudo ver con detalle los músculos que se le marcaban con cada movimiento. Se dio de guantazos mentalmente por sentir deseo por un tipo como aquel.

—No me lo digas. Te lo has pensado mejor y me vas a acompañar un ratito —murmuró con voz ronca.

—Ni lo sueñes —dijo mordiéndose la mejilla por dentro—. No puedo salir así al pasillo. ¿Sabes dónde hay una toalla?

Adrián la miró de arriba abajo con una resplandeciente sonrisa que

iluminó toda la estancia y casi ciega a Luna.

Esta apretó la mandíbula. No pintaba bien. No tenía ni idea de en qué estaba pensando cuando sin darle opción a echarse a atrás, Adrián se impulsó para salir de la piscina.

Luna dio varios pasos hacia atrás. Aquel Dios griego estaba buenísimo y chorreando agua por todo el cuerpo. Hizo un gran esfuerzo para no desviar la mirada de sus ojos y así evitar la tentación que sentían sus dedos de pasar por todo su cuerpo y secar cada gota con ellos. Locura transitoria debía

llamarse a aquello. Ella no se sentía atraída por hombres como aquel, que seducía a montones de mujeres como hobby. Era más sensata que todo eso.

Sí, se lo pensó mejor y empezó a ponerse la falda y el top para irse.

—¿No querías una toalla? — inquirió con una ceja levantada. Era evidente que él no gastaba mucho de eso.

Negó con la cabeza de forma enérgica. Tenía que irse de allí cuanto antes. Ni siquiera se calzó las sandalias. Cuando consiguió ponerse la ropa, a pesar de la

humedad de su cuerpo y el calor que sentía por tenerle tan cerca, se pasó las manos por el pelo e hizo lo que pudo para evitar que cayeran gotas por todo el camino hasta su habitación.

—Así voy bien —dijo muy segura de sí misma. O al menos lo intentó con todas sus fuerzas.

Él no pareció muy conforme. Podía verlo en su expresión de suficiencia. Luna soltó un gruñido sin poder evitarlo. Argg..., los hombres y sus armas de seducción; tan seguros de sí mismos y de sus atractivos cuerpos. Se creen que todas las mujeres tienen que caer

ante sus encantos. Pues con ella había ido a chocar. Iba a bajarle todos esos humos que tenía. Bien merecidos, pero eso no venía al caso.

Se agachó a coger sus sandalias y vio que Adrián daba un paso hacia ella. Se incorporó sin dejar que viera que la afectaba más de lo que deseaba. No eran los típicos nervios, sino otra cosa. Algo que no quería sentir.

—Puedes quedarte si quieres —soltó con voz seductora y esa mirada penetrante y tan perturbadora.

La temperatura de ambos

subió. Luna le maldijo en su interior por trastocar así sus hormonas. Tenía que meterlas en vereda porque por nada del mundo, sucumbiría ante semejante personaje.

Sonrió con ironía.

—Mira, puedes meterte tus trucos baratos por donde te quepan.

Luna se felicitó por mantener su voz con un tono neutro y algo burlón, a pesar de que sentía la boca seca y el corazón palpitando con fuerza.

La sorpresa inicial, fue sustituida en los ojos azules de Adrián, por el interés más genuino

que había sentido en años. Perplejo aún por el fresco descaro de Luna, se quedó mirándola mientras se daba la vuelta y se marchaba. Nunca había conocido a una mujer que rechazara sus insinuaciones y mucho menos con ese desparpajo. Pero era algo que se podía arreglar.

El plan le iba a salir rodado y sin haberlo previsto así de antemano, iba a tener la oportunidad de poner a prueba todo su arsenal de seducción.

A la mañana siguiente, con

caras de haber dormido poco porque en realidad había sido así , Luna y Tania bajaron al restaurante para desayunar. La economía daba para poco, así que tenían que aprovechar el régimen de todo incluido que habían pagado. De no ser así, se habrían quedado durmiendo hasta un par de horas antes de la fiesta de esa noche. Pero no. A las nueve de la mañana había sonado el despertador. Luna aún se preguntaba a quién se le había ocurrido programarlo; si estaban en vacaciones, la idea era olvidarse de horarios...

Suspiró de manera sonora

mientras se iba directa a la mesa con el café y las tazas.

Luna estaba tan alterada por lo ocurrido en la piscina, que no había podido conciliar el sueño. Tania llegó a las dos de la madrugada y cuando se lo contó, ya no pensaron en dormir. Ahora se daban cuenta de que quedarse hablando durante horas y horas, podían haberlo dejado para esa mañana, mientras tomaban el sol. Sin embargo, lo único que les apetecía era volver a la cama.

Las enormes gafas de sol que llevaba Luna, ocultaban en gran parte sus menudos rasgos

ligeramente bronceados. No pensaba quitárselas mientras estuvieran en el hotel. Por nada del mundo le apetecía encontrarse con Adrián, pero si eso sucedía, al menos pasaría desapercibida. O eso intentaba. Tania por su parte, la miraba y negaba con la cabeza, sin duda pensando que estaba pasándose un poquito con todo aquello. Hacía muchísimo que no la veía comportarse de ese modo. Se preguntaba qué clase de hombre había llegado a perturbar tanto a su mejor amiga.

Por suerte para Luna, no hubo ni rastro de Adrián en ningún

momento. Bajaron a la playa un rato pero estaban tan cansadas que volvieron pronto para comer y descansar un rato.

Tenían cita en la peluquería antes de ir a la fiesta, por lo que no tardaron en arreglarse para salir hasta allí. Tomaron una cena ligera en el hotel y esperaron en recepción a que Rubén las recogiera.

—¿Cómo es que tu chico no ha venido a verte en todo el día? —inquirió Luna con sorna.

La sonrisa que le dedicó su amiga, fue espléndida. Menudo cuelgue, pensó. Esperaba que no fuera nada serio, porque solo

estarían un par de semanas y no quería que se fuera con el corazón partido. Estaba preocupada.

—Le dije que hoy íbamos a pasar el día juntas y además, él tenía algunas cosas que preparar con su amigo —explicó con el ceño fruncido—. Está muy misterioso. Sonríe de una manera muy peculiar cuando intento sonsacarle algo de la fiesta. Me da miedo que vaya a ser una gran orgía con cámaras y todo eso.

Lo dijo tan seria, que Luna se echó a reír.

Riñendo a Tania porque se le iba a correr el rímel, le dijo que no

soltara más sandeces. Seguro que la cosa no iba por ahí. Rezó para que no se equivocara. Cierta aprensión le caló los huesos. Se obligó a respirar hondo y para no pensar mucho en eso, se dedicaron a sacarse fotografías para subirlas a Facebook. Sería como un resurgir para ella.

Ya estaba bien de guardar luto. Claro que no sabía si en realidad lo había hecho por Hugo o por sí misma. El caso es que se acabó, se dijo interiormente. Iba a tratar de ser ella misma aunque no tuviera ni idea de quién diablos era esa persona. Bien podía ser el momento

de intentar averiguarlo. La playa siempre tenía un efecto tranquilizador en ella. Así había sido desde niña y parecía que por fin superaba su aprensión tras el accidente de Hugo. Menos mal, porque la playa siempre le había atraído.

Se sintió relajada y siguió haciendo el bobo con Tania. Se lo estaban pasando de maravilla. Se echó el pelo hacia atrás y dejó que unos mechones sueltos quedaran sobre sus mejillas. Se ajustó los tirantes del vestido y miró el escote que le hacía. Un poco más de lo que le gustaba mostrar, se dijo.

Haciendo una pose, se preguntó si el modelito sería apropiado.

—Estás genial, Luna.

—¿No crees que es un poco corto? Y puede que, ¿demasiado elegante? —murmuró indecisa aún —. Parece que vamos de boda.

—Rubén me advirtió que esta fiesta es muy especial. Creo que hay un cumpleaños de por medio.

—¿Qué? —gritó Luna.

—No estoy segura, ya sabes que no quiere soltar prenda.

—Pues tal vez no deberíamos ir. ¿Vamos a presentarnos en una fiesta privada del cumpleaños de

sabe Dios quién y sin regalo?

—Venga relájate, se trata del dueño del hotel. Nos han invitado y además, el que no ha querido avisarnos es él, por lo que es problema suyo. Por cierto, vamos a echarnos una foto para que se vea tu pintalabios rojo —soltó Tania como si tal cosa—. Nunca te he visto así de arreglada y esto hay que inmortalizarlo.

—Claro, por eso lo he hecho. Para que podamos hacer un *selfie* y luego ponerlo en nuestra foto de portada.

Hizo un mohín, pero en realidad no estaba molesta, solo

algo inquieta. No sabía qué se encontraría, más aún por ser la fiesta del dueño del hotel. Estaba algo nerviosa, pero estaba a punto de averiguar de qué iba todo ese misterio. Rubén aparecía en ese momento por allí y las piropeó a las dos, lo que las dejó encantadas.

Tania llevaba un vestido por encima de la rodilla y palabra de honor en tono crema y muy elegante, hacía juego con su piel clara y su corto pelo rubio. Sus ojos azules brillaban y destacaban por su vibrante energía esa noche. Ella se había puesto unos botines con mucho tacón y abiertos por la

punta. Parecía una modelo y Rubén no podía quitarle los ojos ni las manos de encima.

Luna se sentía segura de sí misma a pesar de llevar unos tacones negros de infarto a juego con el vestido. Se sabía atractiva esa noche y eso le infundía cierta valentía que ella intuía que era solo una fachada ante sí misma para no temblar como un flan y caer presa del pánico. Pero bueno, todo fuera por causar buena impresión en la fiesta.

A saber quién y cómo sería él.
O el resto de invitados.

Subieron al coche de Rubén y

quedaron impresionadas por el elegante y cómodo Lexus que conducía. Desde luego el chico se lo montaba bien, pensó Luna. Ella subió atrás mientras que Tania ocupó el asiento del copiloto. Desvió la mirada hacia la ventanilla cuando se percató de que estaban haciendo manitas de forma disimulada.

Eran unas vistas bonitas aunque a esas horas casi no se veía nada. Pero aún asomaban con timidez, los rayos del sol en el horizonte. Una puesta de sol que le hizo olvidar sus preocupaciones. Al menos por el momento.

5

Llegaron a la casa a las diez y media. No había pasado mucho rato de la hora supuestamente acordada para ir a la fiesta, y aún así parecía que ya estaba en su apogeo. Había muchísima gente nada más pasar al interior de la imponente vivienda. Parecía que el dueño era el rey de la montaña, ya que desde los alrededores se veía toda la colina y el mal al fondo. Unas vistas

impresionantes. Luna no podía ni imaginar cómo se vería desde la terraza que se intuía desde la entrada.

Una chica del servicio doméstico les hizo pasar. Tania agarró el brazo de Luna y las dos quedaron impactadas. Rubén a un lado, las miraba con una media sonrisa.

La entrada daba paso a un salón inmenso bajando tres escalones, pero no era su elegancia clásica ni su modernismo lo que había dejado de piedra a las dos amigas, sino la cantidad de personas famosas que había allí.

Futbolistas, presentadores de la televisión, algunos cantantes y actores y otros famosos. No se lo podían creer, el dueño del hotel debía de ser toda una celebridad.

Luna también pensaba que este sería soltero, dada la cantidad de chicas jóvenes, guapas y presumiblemente solteras que había allí. No tenía ni idea de qué hacía ella en una fiesta tan glamurosa. Desde la vivienda hasta el personal del servicio, le daba una clara idea del nivel de vida que la gente de la casa llevaba allí.

El ambiente era relajado, pero a ella le costaba moverse y mucho

más , alternar con gente así. No estaba acostumbrada.

—Vamos, tenemos que saludar al anfitrión —dijo Rubén. A Luna se le puso la carne de gallina. De repente, quiso salir corriendo de allí—. Quizás esté fuera.

—Pues vamos —animó Tania.

Luna tragó saliva con dificultad y se dejó arrastrar por su amiga. Cruzaron una cocina de diseño preciosa y saludaron a las personas que había dispersas por allí. Rubén parecía conocer a todo el mundo porque les lanzó algunas bromas mientras caminaba.

Pasaron por un solárium y

pronto estuvieron en el exterior. Había una barbacoa de piedra enorme y unas tumbonas muy cómodas bordeando la enorme piscina, de esas que parece que no tienen borde. A Luna le dio un poco de vértigo de pensar en acercarse allí. La terraza estaba protegida del exterior con un cristal sujeto por unas columnas cada pocos metros. Daba la sensación de que podías salir de allí y adentrarte en la zona de árboles que había a una corta distancia.

La iluminación era suave y la brisa cálida. Hacía una noche perfecta para estar en el exterior.

Era un lugar increíble.

—Allí está, cómo no —soltó Rubén con sorna señalando el final de la terraza.

Había un grupo de mujeres alrededor de alguien, pero desde allí no se veía de quién se trataba. Al acercarse Rubén, las chicas que hacía un corro se separaron y le observaron como si quisieran comérselo vivo. Luna le echó un vistazo a Tania pero ella se encogió de hombros y sonrió, como si el hecho de que todas las lobas que había allí queriendo lanzarse sobre él, no le molestara lo más mínimo. Tal vez era así. Al fin y al cabo, por

muy guapas que fuesen, ella también lo era y contaba con la invitación personal de Rubén, así que algo tenía que la diferenciaba de las demás. Luna lo tenía claro, y esperaba que él supiera que Tania era una chica muy especial.

Todo eso se quedó a un lado cuando pudo ver con claridad al hombre que era el centro de todas aquellas mujeres despampanantes.

Él la vio también. La repasó de arriba abajo y se lamió el labio superior antes de posar su intensa y azulada mirada en sus ojos. Luna tuvo que caminar unos pasos más para que inevitablemente, les

presentaran oficialmente. Menudo marrón, pensó. Todo tenía que pasarle a ella. Ahora sí que se arrepentía de haber ido. Solo esperaba que Adrián no dijera nada de su encuentro en la piscina. Qué humillante...

—Felicidades tío —soltó Rubén antes de darle un cálido abrazo de buenos amigos—. Te presento a Tania Sánchez y a su amiga Luna García. Y este es el que cumple años hoy —dijo con una sonrisa mirando hacia ellas— Adrián Hidalgo.

Ambas saludaron con dos besos a Adrián y él se recreó

cuando fue el turno de Luna. Quiso empujarle, pero se contuvo.

—Me alegro de verte de nuevo —ronroneó él.

—¿Ya os conocéis? —inquirió Rubén.

Luna oyó una risita por lo bajo. Le dio un codazo a Tania para que no se le ocurriera decir nada.

—Tuvimos un... —hizo una pausa de unos segundos y Luna quiso evaporarse— breve encuentro ayer por la noche.

Todos la miraron. Estaba claro que Adrián lo había dejado caer de modo que pensarían que había caído a sus pies como todas las

mujeres del planeta. Tenía que hacer algo.

—Nos vimos en la piscina solo un instante. En realidad nos conocimos en la discoteca.

—Cierto —aceptó Adrián con una sonrisa ladina—. Sea como sea y aunque estás muy guapa, confieso que lo que llevabas en la piscina me gustaba mucho más.

Más risas por lo bajo. Algunas mujeres se marcharon molestas sin quitarle el ojo a los dos que se retaban con sutiles mensajes en clave.

Luna le miró perpleja. No podía creerse que hubiera dejado

caer ese comentario. Se las pagaría, prometió ante sí misma.

—¿En serio? —inquirió con una sonrisa tan dulce como falsa. Le miró a él desde los zapatos hasta su revuelto pelo oscuro—. Confieso que tú estás mejor con este traje tan caro que llevas.

—Gracias, nena.

Luna entrecerró los ojos. No le gustaba esa actitud tan prepotente. Lo peor era haber caído en la trampa que le había tendido. Había dicho que le gustaba aunque no había sido esa su intención y por eso Adrián tenía esa expresión de suficiencia que a ella le habría

encantado borrar de un puntapié en la entropierna. Menudo caradura.

Rubén carraspeó y empezó a hablar para suavizar el ambiente. No sabía lo que se traía su amigo entre manos, pero Luna no parecía muy resuelta a seguirle el rollo y prefería evitar que la sangre llegara al río.

—Aunque esto ha sido muy entretenido... vamos a ir a por unas bebidas.

—¿Vienes? —le preguntó Tania.

—Claro —Luna asintió sin pensárselo.

No dijo nada y Adrián se

quedó a solas con su copa en la mano. Le hizo un gesto a Luna, a modo de brindis y ella suspiró antes de darse la vuelta y alejarse con la pareja.

Se quedó pensando qué le pasaba con ese hombre. Normalmente se ponía muy nerviosa, titubeaba y salía corriendo cuando alguno se le acercaba demasiado, pero con él era distinto. No mejor. Parecía que sacaba lo peor de ella, la mujer impertinente que llevaba muy dentro. Pero trató de justificarse ante sí misma por su actitud de antes, alegando que era un

personaje que no se merecía su respeto. La clase de hombre a la que no se acercaría ni estando borracha.

Llegaron a la barra de bar que habían montado fuera y cogieron unas copas de champán. Sin poder evitarlo, Luna echó una ojeada al lugar donde estaba Adrián y le vio de nuevo rodeado de mujeres preciosas dispuestas a ofrecerle todos sus encantos. Bufó y puso los ojos en blanco.

Rubén se dio cuenta de qué era lo que llamaba su atención y se rió.

—No puede evitarlo — declaró—. Adrián es así desde que

tiene uso de razón. Los médicos dicen que es una enfermedad crónica —bromeó.

—Bueno, no es que me interese —dijo Luna con firmeza.

Vio cómo Adrián coqueteaba con una de las chicas que pululaban a su alrededor, una rubia que no debía tener más de veinte años. La abrazó y miró hacia donde estaba Luna. Ella entrecerró los ojos al ver que él sonreía con malicia. Adrián desvió la mirada y acercó aún más a la rubia. Fue entonces cuando pegó su boca a la de ella y le dio un largo beso de película. Las demás chicas a su alrededor, en

lugar de estar molestas, aplaudieron y vitorearon a los tortolitos. Patético, pensó Luna rechinando los dientes.

—Tengo que ir al baño — gruñó. Terminó la copa de un trago y la dejó en la barra.

—Está junto a la entrada del salón —dijo Rubén intentando reprimir una sonrisa.

Luna desapareció en el interior tan aprisa que apenas se le vio.

Tania se quedó mirando la gran puerta de cristal por donde su amiga había entrado en la casa. Su actitud era muy extraña. ¿Podría ser

que le gustara Adrián, aunque este fuera un buitre con las mujeres? Sin duda era atractivo y a pesar de que sabía de sobra que a Luna, los hombres así no le gustaban nada, empezaba a pensar que la imagen desnuda de ese adonis, se había quedado grabada muy hondo en su cerebro.

Miró a Rubén con una expresión calculadora.

—¿Crees que esos dos se gustan?

—Ni idea —rió—. Que yo sepa a él le gustan todas, pero no sé si Luna puede ser distinta en ese aspecto. Jamás había visto a Adrián

siendo rechazado y tengo que decir que es francamente un espectáculo memorable.

Tania le dio un codazo y sonrió.

—¿Ahora tendrá que poner a prueba su hombría o algo parecido?

—Sí, algo así.

Ambos se rieron.

—Me parece que entre esos dos puede haber algo. Ya sabes, entre el amor y el odio solo hay un paso.

—Hum. —Rubén no se pronunció.

Se echaron a reír y pronto olvidaron todo eso. Se abrazaron y

besaron como si no hubiera un mañana.

El baño estaba ocupado y Luna no podía aguantar más. Cuando oyó el inconfundible sonido de dos personas besándose, no se sorprendió que nadie respondiera a sus golpes en la puerta. Echó un rápido vistazo, pero por allí no se veía ningún otro baño. Subió unas escaleras que debían llevar a las habitaciones y abrió la primera puerta. Para su desgracia, era un armario. Probó con otras dos, con

la misma mala suerte.

—Parece que en esta casa solo hay armarios —murmuró desesperada.

Le vino a la mente la escena de la piscina. Había sido algo parecido, ya que entonces también encontró la puerta que no le llevaba a nada bueno. Abrió otra despacio y atenta a cualquier ruido, porque no le apetecía encontrarse a nadie metido en faena en la cama. El alivio la inundó cuando vio que era otro cuarto de baño.

Salió al cabo de unos minutos. Apoyó la frente en la fresca madera de la puerta y suspiró. Deseaba

marcharse de allí, pero no quería aguarles la fiesta a Tania y Rubén. Tampoco tenía ganas de quedarse sola frente a un montón de desconocidos con los que no se atrevería a hablar.

—¿Qué pasa, es que te has enamorado de la puerta de mi baño? —inquirió con sorna una voz demasiado conocida para ella para su desgracia.

Luna se dio la vuelta para encontrarse, en la penumbra del pasillo, con esos ojos azules que parecían perseguirla allá donde fuera.

—Lo siento —se disculpó—.

Parece que el baño de abajo estaba ocupado y yo tenía una pequeña emergencia.

—No creo que hayan tardado tanto.

—Ya, pero es que enrollarse en el baño requiere su tiempo.

—Oh, así que se trataba de eso —murmuró con voz ronca—. Si quieres podemos comprobar cuánto tiempo se necesitaría.

Adrián se acercó a ella, y Luna contuvo el aliento. Su corazón empezó a latir de forma frenética pero justo cuando sus labios se iban a rozar con los de él, volvió la cara a un lado. Adrián no se retiró, sino

que paseó su nariz por su cuello, aspirando su perfume.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustas — declaró con firmeza a pesar de que se sentía vulnerable—. Y porque no me hace gracia tener la saliva de otra mujer en mi boca.

Se alejó unos centímetros y Luna pudo mirarle a los ojos. No debió hacerlo, se dijo, porque era tan guapo que no soportaba sentirse tan atraída por él.

—Si quieres me lavo los dientes —bromeó.

La rabia golpeó a Luna en el estómago con fuerza. Tuvo que

recordarse, que Adrián poseía todas esas características que detestaba en los hombres. Reunió toda la fuerza de voluntad de la que era capaz y le alejó con ambas manos. Pudo notar su firme pecho a través de la fina camisa blanca que llevaba ahora. Estaba claro que le había permitido alejarlo, porque si hubiese querido, habría seguido allí, demasiado pegado a ella como para que Luna consiguiera pensar algo coherente.

—Lo siento en el alma —soltó con ironía—, pero yo no pienso ser la próxima muesca en tu cabecero. Eso tenlo claro.

Cuando se giró para marcharse, Adrián la cogió de la muñeca y tiró de ella. Quedaron tan pegados, que sus respectivos alientos se mezclaban.

—Luna —susurró, como si estuviera deleitándose con su nombre—. Me gustas —afirmó con rotundidad.

No le dio tiempo a replicar nada. Adrián se inclinó sobre ella y le plantó un beso en la comisura de sus labios antes de alejarse escalera abajo.

6

Tardó un momento en reaccionar. Parecía que no llegara oxígeno suficiente a su cerebro y Luna se maldijo entre dientes por ser tan débil. Tendría que haberle dado un guantazo por su descarado, pero se había quedado de piedra cuando sintió sus labios sobre su piel. Un estremecimiento la había recorrido y por poco no le temblaron las piernas.

Respiró hondo durante unos minutos y despacio, bajó la escalera solo para encontrarse con Adrián allí hablando con Rubén y Tania. Compuso una sonrisa tirante, evitando de forma deliberada, mirarle a él. Por el rabillo del ojo, notó que la observaba.

—¿Vamos fuera? —le preguntó Tania.

Sin darle tiempo a reaccionar, tiró de su mano y salieron a la terraza. La mente de Luna evocó ciertas imágenes al ver la piscina. Menos mal que ahora no había nadie desnudo frente a ella...

—Oye, cuéntame qué te traes

con Adrián —pidió Tania con una sonrisa ilusionada.

—Nada —respondió ella con rapidez. Cuando vio los ojos de su amiga brillar de ilusión, puso los ojos en blanco—. Vamos Tania, ya sabes que yo no salgo con tipos como él, por muy buenos que estén.

—Sí, está como un queso. Pero me gustaría saber si no tendrías con él algo pasajero. Mereces divertirte y empezar a olvidarle.

No hacía falta que explicara a quién se refería con eso de olvidarle. Luna seguía pensando en Hugo. Puede que demasiado, pero

solo era porque al día siguiente se cumpliría un año de su muerte. Aún no podía creerlo. Un nudo se formó en su garganta y estuvo a punto de echarse a llorar. Tania vio que se había quedado consternada y la abrazó.

—¿Va todo bien?

Rubén las miró y como Luna no podía articular palabra, fue Tania la que le quitó hierro al asunto.

—Un colega nuestro va a cantarnos algo. Lo hace siempre que montamos una fiesta —explicó Rubén—. Es posible que tengamos una primicia de su nuevo disco.

—Claro que sí. El cumpleaños feliz tiene una nueva versión en su repertorio —bromeó Adrián.

—Hablando de cumpleaños...

Rubén hizo un gesto a su izquierda y dos chicas del servicio salieron al exterior con una increíble y exagerada tarta de tres pisos. Los dos primeros eran de fondant gris y el de arriba tenía forma de un coche deportivo. Rubén entre risas, les explicó que era una réplica de su R8 blanco. Adrián le dio las gracias con un breve abrazo y cuando se acercaron, dejaron la tarta sobre una mesa plegable que habían

dejado allí. Colocaron la vela con el número treinta y dos. Sopló y todos los presentes aplaudieron.

—¿Hay alguien dentro del coche o puedo comérmelo ya? —se cachondeó Adrián.

Hizo reír a todos y dio permiso para cortar la tarta. Luna miró a Tania y sonrieron. Aquello era demasiado, casi parecía una boda. Menudas fiestas se montaban los hombres adinerados, pensó. Claro que lo más seguro es que él pagara por tener una fiesta elegante y no tuviera que preocuparse por nada más. Solo de invitar a un montón de amigos y chicas guapas a

granel para ligar.

La tarta era de *Red Velvet* y estaba buenísima. Cuando terminaron de degustar aquella delicia, todos pasaron al salón. Estaba refrescando y al parecer, iban a cantarle el cumpleaños feliz al homenajado. Un hombre de unos treinta, se quedó arriba de los escalones y dio un emotivo y divertido discurso para felicitar a Adrián y acto seguido, después de un sentido aplauso, se puso a cantar. Tenía una voz increíble y la canción era preciosa y tan romántica, que a Luna se le puso la piel de gallina.

Sintió unas grandes manos cogiéndola por los brazos con suavidad y sin necesidad de girarse, supo de quién se trataba. Adrián se acercó a su oído y Luna sintió un escalofrío. No quería montar un numerito allí delante de todo el mundo y por eso no se movió. Al menos se dijo a sí misma que era por aquel motivo y no porque le gustara el tacto de su piel contra la suya. Ni hablar.

Los dedos de Adrián se movieron despacio, acariciando esa pequeña porción de su piel y a Luna por poco no se le escapa un jadeo. Hacía tanto tiempo que un hombre

no la tocaba. Demasiado. Por eso su cuerpo reaccionaba de esa forma. Intentó convencerse de ello, pero sabía que luchar contra uno mismo es inútil y pronto tuvo que aceptar el hecho de que se sentía muy atraída por él. Cómo no estarlo.

—Preciosa —susurró.

Luna tragó con dificultad. No sabía a qué se refería, pero tampoco podría haber dicho una palabra, estaba nerviosa y algo molesta por su descubrimiento. Ella no podía sentirse atraída por la clase de hombre que más aborrecía. No podía ser. Sintió ganas de

llorar, pero se contuvo a duras penas.

El delicioso hormigueo que sentía su piel desapareció demasiado pronto cuando él se separó de ella. Una tonta sensación de desamparo la invadió. Adrián se quedó a su lado sin llegar a rozarla con su brazo, pero lo bastante cerca para que Luna todavía pudiera sentir su calor.

Le miró y Adrián sonrió ampliamente, como si pudiera saber qué sentía exactamente. Esos ojos azules la aturdían de tal modo, que era incapaz de pensar en nada que no fuera él. Fijó su mirada al frente

y trató de tranquilizarse, pero le era complicado teniéndole tan cerca. Ese hombre iba a acabar con su cordura si permanecía mucho tiempo a su lado, así que decidió que cuando terminara la canción, se marcharía. Si Tania quería quedarse un rato más, siempre podía pedir un taxi.

La buscó con la mirada y cuando la localizó, se dirigió en esa dirección sin mirar atrás. Si lo hubiera hecho, se hubiera encontrado con una clara mirada interesada de Adrián. No estaba acostumbrado a esa actitud esquiva por parte de las mujeres que le

gustaban. Más bien todo lo contrario. Tenía que admitir, que no solo le atraía su físico, sino que había algo en esa joven que le tenía en vela desde que la vio en la discoteca de su hotel. Bueno, el hotel de su padre aún. No estaba muy seguro de querer atarse a un trabajo de por vida, o a una mujer...

Luna logró sortear a toda la gente que había y tuvo que pedir disculpas por pisar algunos pies. Estaba alterada aunque no quisiera admitirlo ni ante sí misma.

—Creo que me voy a marchar ya.

—¿En serio? —inquirió Tania un poco triste.

—No hace falta que os vengáis, llamaré a un taxi y problema resuelto.

—No, mujer. Te llevamos y luego volvemos —ofreció Rubén.

—Yo te llevo —dijo una voz a su espalda.

Todos se quedaron mirando a Adrián. Luna, estaba sobretodo, estupefacta. Sabía que era una terrible mala idea, pero el hecho de que un taxista desconocido la llevara hasta el hotel, tampoco es que le agradara demasiado, así que tratando de no pensárselo mucho,

aceptó a regañadientes.

—Está bien.

—Pues cuando quieras.

Tania se despidió con un abrazo y la miró con preocupación. No porque Adrián fuera a llevarla a casa, sino porque intuía que su amiga pudiera estar triste por la fecha en la que estaban. No quería que se deprimiera por algo que ya había acabado. Era muy consciente de que su relación con Hugo no era tan buena como los dos hicieron creer a todo el mundo, pero en su momento, le fue imposible saberlo con seguridad. Luna estaba ciegamente enamorada y nunca fue

capaz de ver que su vida se iba apagando al estar con un chico tan absorbente y egocéntrico. Sabía que de alguna manera, su amiga se había dado cuenta cuando él murió, porque a pesar de la tristeza evidente por lo ocurrido, aún podía vislumbrar la joven vivaz que fuera antes de que Hugo corrompiera su espíritu.

Tania esperaba que Adrián no fuera la clase de persona que hiciera cambiar a su mejor amiga, porque no iba a permitir que le hicieran daño de nuevo. Esta vez no se guardaría su opinión. Por nada del mundo vería a Luna pasar por

lo mismo una segunda vez.

Hicieron el trayecto en silencio. Ni siquiera la música estropeó ese momento tan extrañamente cómodo entre los dos. Luna apenas se dio cuenta de lo agradable que era montar en un coche tan lujoso y caro, y tampoco de las miradas que le dedicaba Adrián de vez en cuando. Agradeció que no dijera nada, porque su mente estaba muy lejos de allí, solo quería estar sola.

Antes de llegar al hotel, a

Luna se le ocurrió hacer otra parada. La idea podría no ser la mejor que había tenido en su vida, pero era como un impulso. Lo necesitaba, así de simple.

—¿Te importaría llevarme a la playa?

Adrián la miró y ella pudo apreciar cierta preocupación en sus ojos.

—¿Estás segura?

—Sí. Luego puedo subir andando, no te preocupes.

—Está bien —accedió aunque con reticencia. No creía que fuera buena idea caminar a solas por la playa a aquellas horas y menos aún,

volver luego por una carretera poco transitada—. Pero te esperaré en el coche si quieres estar sola.

—No hace falta, de verdad.

—Ya. Es que sospecho que tu amiga me despellejaría si te pasara algo. Pensará que te he violado y tirado a alguna cuneta.

—Oh, por favor —espetó Luna un poco asustada ante esa imagen—. Te has pasado con el drama, ¿no?

Adrián le dirigió una mirada risueña y Luna apreció su intento de animarla, como si supiera que era justo lo que le hacía falta en ese momento. Tragó el nudo que se

había formado en la garganta y sonrió sin decir nada. Se dedicó a mirar hacia el mar. Tan oscuro y siniestro que le daban escalofríos. Esa necesidad macabra de acercarse hasta el agua, le iba a provocar pesadillas esa noche, pero era algo que tenía que hacer. Una especie de homenaje o un adiós para siempre. Puede que una mezcla de ambas. Aunque Hugo hubiera sido una mala persona por naturaleza, estaba segura de que lo hizo porque era su modo de actuar. De todos modos, aquello le hizo darse cuenta de lo que quería de la vida y las relaciones, le había

marcado y cambiado sin remedio y sabía que era mucho más fuerte que esa Luna de hacía unos años, tan enamoradiza e inocente.

Aparcaron en una glorieta y ninguno dijo nada, tampoco Luna se movió para bajarse del coche.

—Gracias por traerme —dijo al fin.

Él gruñó por lo bajo pero no dijo nada.

—No creo que sea buena idea que andes sola por los alrededores.

—Pero si el hotel está tras esa manzana.

—No puedes cruzar por las urbanizaciones, así que tienes que

dar una vuelta de veinte minutos para llegar.

—¿Crees que alguien podría raptarme por el camino?

Adrián la miró muy serio y Luna se arrepintió un poco de su broma. Al fin y al cabo, tampoco a ella le apetecía caminar sola a media noche. Aunque la luna iluminaba la zona, esa parte concreta de la playa no estaba tan bien iluminada como el paseo marítimo.

—Te agradezco tu preocupación, pero me apetece estar a solas un rato.

—No estoy preocupado —

soltó, como si el simple hecho de estarlo, le hiciera parecer menos hombre.

Luna sonrió.

—Claro que no.

Le dio la razón como a los tontos y su tono condescendiente no pasó desapercibido para Adrián, que puso los ojos en blanco a la vez que negaba con la cabeza con una reticente sonrisa.

Bajó del coche y cuando cerró la puerta, le miró un instante antes de darse la vuelta y caminar hacia la arena.

Había rocas a un lado de la playa y Luna se mantuvo alejada de

esa zona. Se quitó los zapatos y fue a tocar el agua, que estaba muy fría. Se quedó mirando a la lejanía durante unos minutos. No estaba segura de lo que esperaba sentir al ir hasta allí, pero para su sorpresa y alivio, no sintió nada. A su mente venían vagos recuerdos de Hugo y ni siquiera pudo concentrarse en las partes malas, sino que se acordó del principio de la relación, cuando ella empezó a enamorarse poco a poco y cómo sin darse cuenta le convirtió en el centro de todo su mundo. He aquí su error. No fue capaz de distinguir su dependencia de él del amor que creyó sentir. Le

daba miedo cometer el mismo error que entonces y por ese motivo, había levantado un muro que protegía su corazón. De lo que no estaba convencida, era de poder mantenerlo para siempre.

Se sentó en la fría y seca arena de esa pequeña playa. No era la que más le gustaba, porque era de piedras pequeñas en su mayoría. Pero ni siquiera se preocupó por estropear su nuevo vestido. Solo pensaba en dar carpetazo a ese capítulo de su vida. Había durado demasiado y ya era hora de superar y olvidar viejas heridas.

Tenía la cabeza apoyada en las rodillas y cuando oyó pasos a su espalda, Luna se inquietó.

Se giró tan rápido que se mareó. Pero pronto se recuperó del susto cuando vio que era Adrián el que caminaba hacia ella. No sabía si en realidad estaría a salvo con él, pero no pensaba decírselo, porque pensaría que era tan débil como el resto de sus conquistas y

no era el caso.

Se situó a su lado de pie y la miró de soslayo. Luna sospechó que estaba esperando que ella le echara, pero no tenía intención alguna de darle mayor importancia a su cercanía.

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró.

Luna le vio quitarse la chaqueta que cogió antes de salir de su casa y se la puso a ella sobre los hombros. Adrián se quedó en cuclillas tan cerca de Luna que casi estaban abrazados.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—inquirió con voz ronca.

El brazo que tenía sobre sus hombros desapareció y Luna lo añoró a su pesar.

—Claro.

Se envolvió a sí misma y aspiró el delicioso olor de la chaqueta de Adrián. Masculino y sutil, como su dueño. A Luna le encantó, pero no quiso recrearse en ello porque no deseaba que él se diera cuenta de lo mucho que empezaba a gustarle. Porque no podía ser, se reprendió interiormente.

Sentado junto a Luna con su pantalón oscuro, la camisa blanca y su pelo ligeramente alborotado por

la brisa nocturna, parecía tan solo como lo estaba ella. Permaneció serio durante mucho rato y no quiso interrumpir sus pensamientos pero sentía curiosidad.

—¿Porqué te has quedado?

—No sé —murmuró. Parecía perdido y Luna se preguntó porqué le daría esa sensación—. Creo que me gusta estar contigo.

No sería ella la que le señalara que no se conocían de nada como para que creyera algo así.

Hubo un momento de silencio en el que pensó que no diría nada más, pero Luna se equivocó.

—Me gusta el mar —dijo—. Sobre todo las olas. Creo que se parecen demasiado a mí, vienen y van sin importar lo que ocurra entre medias —explicó con un tono pensativo.

—¿Te refieres a la vida o a las relaciones?

Adrián le miró. Luna no quiso ser grosera, la verdad es que sentía curiosidad por su comentario y le miró con interés genuino.

—Ambas —soltó con una media sonrisa.

—Creo que es la mejor forma de evitar que te hagan daño —meditó Luna—. No implicándote.

—Supongo que fue porque perdí la fe en las relaciones de verdad cuando mis padres se divorciaron hace siete años. Aunque mi padre es feliz con su segundo matrimonio, creo que al final todo acaba por terminarse.

—No puedo rebatir eso —dijo Luna con tristeza.

—¿También tú? —inquirió sin llegar a sorprenderse.

Luna no quería dar muchos detalles de su vida, pero de todos modos no creía que él pudiera contar nada de lo que ella pudiera decirle. Y además, ¿a quién podría interesarle la verdadera naturaleza

de su relación con Hugo?

Antes de que pudiera meditar mucho más sobre el asunto, se sorprendió a sí misma hablándole de él.

—Mi novio murió hace un año —comenzó con voz neutra—. Fue en la playa. Estaba haciendo las típicas estupideces de cada fin de semana y creo que bebió más de la cuenta. Saltó desde unas rocas y se golpeó, haciéndose una herida en la cabeza.

—Vaya, lo siento mucho.

—Ya —dijo con sequedad—. Ojalá yo pudiera sentirlo también.

Adrián la miró contrariado.

Desde luego no era la típica frase que soltaría una apenada novia. Pero Luna no lo había sido nunca, puede que hubiera llorado al principio, pero después de unos meses, el miedo y el alivio a partes iguales, fueron lo único que sentía a cada momento del día. No podía evitarlo.

—Fue muy triste al principio —explicó—. Pero con las semanas, empecé a darme cuenta de que era miedo lo que sentía frente a la vida. Me había vuelto tan dependiente de Hugo, que era incapaz de hacer nada por mí misma. Al poder ver las cosas con perspectiva, vi que

había borrado mi personalidad con sus triquiñuelas y sus manipulaciones.

Adrián se quedó callado. Porque, ¿qué podría añadir a eso? Cuando Luna se volvió para evaluar su reacción, él pudo ver un fuego y una fuerza en su interior, que quizás ella no sintiera, pero que estaba ahí, estaba seguro.

—Era un egoísta que no pensaba más que en sus temerarios *hobbies*. Me anuló por completo y durante mucho tiempo pensé que era así como quería vivir, pero cuando ya no estuvo, pude darme cuenta de la verdad —guardó

silencio un momento y se preguntó porqué le estaría hablando de todo eso. Suspiró—. No pienso volver a pasar por lo mismo nunca más.

Se quedó mirándola. A pesar de que estaba a pocos centímetros de distancia, la sintió tan lejos que bien podría estar en otra galaxia. Nunca se hubiera esperado algo así de una mujer joven como ella. Según le había contado Rubén porque se lo había sonsacado , ella tenía veintiséis años, así que se llevaban seis años, mes arriba, mes abajo. Y se dio cuenta de que ella era mucho más madura que él. Con toda su experiencia con las

mujeres, aunque todas ellas fugaces, no tenía ni idea de relaciones. Ni la más remota idea.

—Siento que hayas pasado por algo así —dijo con sinceridad—. Pero no todas las relaciones serán tan malas. Quiero decir, habrás salido con más tíos, ¿no?

Luna negó con la cabeza y se sintió algo avergonzada. Por haberle contado todo aquello a un perfecto desconocido y recalcó lo de perfecto, al menos físicamente, y también por su falta de experiencia en realidad.

—Fue mi primer novio.

—¿En serio?

—Pues sí —contestó ella a la defensiva, pero esta vez sin molestarse en realidad—. Hasta entonces estuve centrada en mis estudios y en mi abuela. Hemos estado solas desde que mis padres murieron, así que, supongo que mi vida ha estado un poco condicionada por todo eso.

—Entiendo —murmuró— Lo siento mucho.

Luna soltó una risa nerviosa. No sabía qué tenía el champán para que se le soltara la lengua de esa manera. Pero allí estaba, confesando cosas que solo sabía su mejor amiga en el mundo. Algunas

de ellas, incluso Tania había tenido que sonsacárselas, porque a Luna le había resultado imposible confesarlas.

La complicidad que se había establecido entre los dos era muy reconfortante. No se había sentido así con ningún hombre desde que conociera a Hugo y no sabía por qué era, pero dedujo que como no esperaba nada de Adrián, sin proponérselo, se había convertido en un confesor excelente.

—Cuando quieras hacer unas prácticas... puedes contar conmigo. Así te servirá como entrenamiento para cuando encuentres a tu

príncipe azul —bromeó.

—Qué peligro tienes.

Luna sonrió. Se preguntó de forma hipotética, si no era eso justo lo que le hacía falta para olvidarse del pasado y empezar de nuevo.

—Solo lo hago por ti, claro — se quedó pensativo un momento—. Puede que como amigos. Ya sabes, un colega echándole una mano a otro —dijo arqueando las cejas de manera provocadora.

A ella se le hizo un nudo el estómago. No se lo estaba planteando, ni mucho menos. Pero ciertas imágenes acudieron a su mente sin ser invitadas y no sabía

cómo eludirlas. Se preguntó cómo sabrían los besos de Adrián y se sonrojó. Era un alivio que él no pudiera darse cuenta debido a la poca iluminación de la playa.

—No pienso acostarme contigo.

—¿Y eso porqué?

Luna suspiró de forma cansina.

—A ver, pues porque eres de la clase de hombre que pierde interés cuando una mujer deja que hagas lo que quieras con ella.

—Entonces, es que te apetece mantener vivo mi interés por ti.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa. Luna trató de averiguar si

se trataba de una rotunda afirmación o una pregunta. No estaba muy segura.

—¡No! —gritó más alto de la cuenta.

Adrián se echó las manos al pecho, como si de verdad le doliera saber aquello.

—Eso duele.

—Lo dudo bastante —
contraatacó ella con ironía.

—Eh, que yo también tengo mi corazoncito.

—Ya, lo malo es que está muy concurrido.

—Qué va. En mi corazón solo hay una mujer.

Luna le miró con interés. A saber qué diría.

—Mi madre —soltó antes de echarse a reír.

—¿No dejas un hueco para tus conquistas?

La miró con curiosidad y no dijo nada durante un rato. Se preguntaba si en realidad ella intentaba sonsacarle alguna información.

—Así que es eso lo que no te gusta de mí. Que no me tome en serio a ninguna mujer.

—Ni por asomo. Es tu vida y puedes hacer lo que te dé la gana.

—Pero tú no te acostarías

conmigo porque piensas que al día siguiente te habré olvidado, ¿no es eso?

—Más o menos, sí.

Se quedó serio un momento y miró al mar. Luna pudo recrearse en su atractivo perfil. A pesar de que seguía siendo el mismo donjuán de siempre, su opinión sobre él había mejorado mucho. Al menos sabía que se trataba de alguien con quien se podía conversar. Aunque fuera de aquello.

—Supongo que tendré que cambiar mis tácticas de seducción contigo. —Luna soltó una risa ahogada.

—No pienso caer —dijo muy segura.

Cuando Adrián se acercó a ella y le miró con esos ojos azules oscurecidos por la noche, estuvo a punto de tragarse sus palabras para abalanzarse sobre él.

—Ya lo veremos.

No dijo nada. Al cabo de un instante apartó los ojos de él y se sintió mareada. No sabía si deseaba realmente entrar al juego, pero era demasiado excitante como para ignorarlo. Tenía claro que jamás de los jamases podría tener una relación seria ni de ningún tipo con alguien como él, pero... ¿Tan

terrible sería mantener una relación de amistad o una pequeña aventura sin importancia?

Estaba convencida de que él no querría nada más y eso era perfecto, porque cuando Luna volviera a Granada, a su trabajo y con su abuela, no tendría que mirar atrás y al menos podría atesorar el recuerdo del hombre que la hizo olvidarse de su tormentoso pasado.

¿Estaría realmente dispuesta a arriesgarse?

Volvieron al hotel al cabo de un rato. En silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Adrián se inclinó sobre ella para darle un beso en la mejilla, lo que la dejó con ganas de más. Aquello empezaba a ser peligroso, pensó. Ella jugaba con desventaja frente a alguien que se divertía usando a las mujeres como pañuelos de papel de usar y tirar.

Pero no podía obviar la tentación. Era tan atractivo que apenas podía apartar la mirada de sus ojos y esa boca hecha para el pecado. Se estremecía de tan solo pensarlo.

Se despidió con un escueto y tenso «Adiós» y buscó su llave mientras esperaba el ascensor. Una vez dentro, le mandó un mensaje a Tania para decirle que había llegado sana y salva o casi , y que podrían ir por la mañana a la playa a las doce. Así tendría tiempo de descansar bien y de paso, ella se encargaría de llevarse el desayuno para ambas. No tardó en recibir

respuesta. Completamente de acuerdo, quiso saber si se encontraba bien después de haberse marchado tan rápido y tan bien acompañada. Luna le dijo que si quería detalles, que llegara puntual por la mañana y se lo contaría todo con pelos y señales. Tania le mandó una exorbitante cantidad de emoticonos que hicieron reír a Luna.

Se desvistió y se dio una ducha antes de meterse en su cama. Imaginó que la cama de Tania se quedaría vacía esa noche también, pero no le importó demasiado, se lo estaba pasando bien y se alegraba

por ella. Quizás si era lo bastante valiente, ella también podría vivir una aventura en sus vacaciones.

Esa noche soñó con el rostro de Adrián.

Luna bajó a la playa esa mañana del lunes a las once y media para esperar a Tania. Llevaba su toalla, unos cafés en una de esas bandejas de cartón y un par de donuts rellenos. Un millón de calorías que luego pensaba quemar en el gimnasio.

Hacía un sol abrasador, así

que llevaba puesto un vestido de playa holgado rojo con la espalda descubierta. Como su bikini era del mismo color, no le importaba demasiado que se le viera, ya que parecía parte del conjunto.

Se sentó lo bastante lejos de la playa como para no ser salpicada si llegaba más gente y lo suficientemente cerca para no quemarse con la arena si le apetecía darse un baño. De momento no había nadie más y se echó crema antes de tumbarse en su toalla. Metió la caja con el desayuno en el bolso y dejó los cafés encima. Esperaba que Tania

no tardara demasiado, o al final tomarían un caldo espesito de donuts derretidos. Con el inconveniente añadido de que no había traído cucharas.

Miró el móvil y vio que aún quedaban quince minutos. Quizás había bajado a la playa demasiado pronto, pero se había despertado hacía ya más de dos horas y se estaba aburriendo en el hotel metida sin hacer nada. Podía haberse ido a la piscina, pero pensó que se sentiría algo incómoda si se encontraba con Adrián allí otra vez. Lo mejor era evitar encuentros fortuitos por el momento, al menos

hasta que tuviera claro si quería algo con él o no. Se dijo a sí misma que era un error incluso plantearse la posibilidad, pero la idea le atraía cada vez más y no podía hacer nada por evitarlo. ¿O era que no quería?

Por una vez deseaba olvidarse de pensar y dejarse llevar, pero esa idea le aterraba aún más. No quería volver a perderse dentro de una relación. Ahora que se había encontrado consigo misma, no deseaba repetir los mismos errores del pasado.

Escuchó unos pasos y levantó la cabeza de forma automática. A

través de sus gafas de sol vio que Tania se acercaba con una deslumbrante sonrisa.

—Siento no haber venido antes, es que Rubén es tan...

—¿Intenso?

—Sí —soltó un gritito de alegría y se abanicó con las manos después de soltar su bolso—. Me tiene loca, es que está tan bueno.

Luna sonrió.

—¿Tiene trabajo hoy?

—Qué va, aún tiene dos o tres días libres, pero tenía que pasarse por el restaurante un momento. Quizás baje luego... no te importa, ¿no?

—Claro que no. Qué cosas tienes.

Mientras desayunaban, Luna le relató con todo lujo de detalles lo que pasó por la noche una vez que ella y Adrián se marcharon de la fiesta. Tania escuchaba con una mezcla de sorpresa e interés. No podía creer que Luna se hubiera abierto de aquella forma con alguien a quien no respetaba demasiado. Lo había dejado bastante claro, pero por su manera de hablar de él, era evidente que algo había cambiado entre los dos.

Ella tampoco confiaba en que Adrián fuera la mejor opción para

una chica que no tenía demasiada experiencia con los hombres y su única relación seria había sido un fracaso estrepitoso, pero por otro lado, era posible que fuera justo lo que necesitaba: un hombre que no le pediría demasiado y le enseñaría un par de cosas en la cama. De eso no le cabía la menor duda. Incluso Rubén le había advertido que no era de esos hombres que sientan la cabeza. Con treinta y dos años recién cumplidos, Adrián no había repetido una segunda vez con ninguna de las muchas, muchas, muchísimas mujeres que pasaban por su cama.

Como no deseaba que le hicieran daño de nuevo, Tania le aconsejó que se lo tomara a la ligera desde el principio, porque si llegaba a cogerle mucho cariño, podría volver a sufrir. Ninguna de las dos quería eso, por lo que Luna asintió.

—Está claro que no puedo esperar nada de un hombre como él, pero quizás por eso es el candidato perfecto para salir del agujero en el que me metí yo solita.

—Algo así como un trampolín hasta el hombre que te saque definitivamente de la soltería, ¿verdad?

—Sí, más o menos.

Se rieron con ganas. Luna no quería ser tan frívola con ese asunto, pero sabía que en el momento en que Adrián se le metiera bajo la piel en el sentido figurado, le haría daño. Él mismo le había confesado que las ataduras no eran lo suyo, así que tenía que tenerlo presente si decidía liarse la manta a la cabeza con todo este asunto.

Luna se cogió una coleta para tomar el sol boca abajo y pensó en lo bien que se estaba en la playa. Casi había olvidado lo placentero que podía ser.

Aunque con cierta reticencia, las dos se metieron en el agua, que aún estaba muy fría por estar a mediados de mayo, y al salir se quedaron de nuevo en las toallas para secarse antes de subir al hotel. Se pusieron las gafas de sol y se apoyaron en los antebrazos para charlar mientras cogían color tipo bronceado de playa.

Escucharon entonces algunas voces masculinas y Luna no tardó en darse cuenta de que una de ellas era de Adrián. Le dio miedo tener la habilidad de reconocerle a distancia. Miró hacia atrás y le vio con el bañador y sin camiseta. Casi

se derrite allí mismo.

Rubén iba igual que él y se dio cuenta de que las dos tenían suerte de tener detrás de ellas a esos dos perfectos y esculpidos hombres.

—Madre mía —murmuró Tania.

—Eso mismo digo yo —soltó Luna con una risa nerviosa.

—Haz una cosa —le pidió Tania—. Mójate los labios, baja un poco las gafas y muérdete el labio sin dejar de mirarle. Yo haré lo mismo.

—¿Por qué? —inquirió con sorna.

—Hazlo, ya verás.

Puso su mejor cara de seductora, aunque dudaba que ella fuera capaz de semejante hazaña. No lo había hecho nunca y no sabía qué se proponía su amiga, pero quería saber lo que pretendía. Reprimió una sonrisa y miró fijamente a su objetivo.

Adrián y Rubén iban caminando hacia ellas con gesto chulesco, sabiéndose atractivos y el efecto que eso causaba en las mujeres allá donde iban. Más aún sin camiseta. De repente se detuvieron. Rubén miraba a Tania con una sonrisa lobuna y tuvo ganas de arrastrarla al agua para

hacérselo allí mismo, delante de su mejor amigo y sin que eso le importara lo más mínimo. Adrián por su parte, observaba a Luna sin pestañear y con la boca abierta como un buzón de correos. Se le hizo la boca agua por esa pose tan descarada y estudiada. No podía creer que ese simple gesto lo pusiera a mil por hora. Normalmente era él quien esperaba sentado mientras las mujeres se le rifaban, pero ahora lo único que deseaba era ponerse de rodillas y suplicarle si hiciera falta, que fuera a su casa para hacer algo con el calentón que empezaba a sentir.

—Uff, tío, ¿estás viendo lo mismo que yo?

—Lo dudo, a mí quien me gusta es Tania —bromeó.

—Joder —susurró.

Soltó varias maldiciones, a cada cual peor. Se juró que si Luna seguía mirándole de esa manera, la cogería en volandas y no respondería de sí mismo.

—¿Se puede saber qué te propones? —inquirió Luna en voz baja sin borrar la sonrisa de sus labios.

Se colocaron las gafas como personas normales y se volvieron a la misma posición de antes.

Mirando al agua del mar.

—Solo es una pequeña broma. Es que van siempre con esas expresiones de seguridad... me apetece jugar a lo mismo porque también somos capaces de dejarles KO, ¿no te parece?

—Es divertido —convino—. Mira qué caras se les han quedado.

—Ya, no es difícil imaginar qué están pensando.

—Pues no. Además —susurró sin poder contener la risa por más tiempo—, el bulto de sus bañadores no deja lugar para el engaño.

Se giraron y se rieron sin parar hasta que ellos alcanzaron su

posición junto a ellas.

—¿Qué es tan divertido?

—Nada, es que... estáis tan buenos... —soltó con descaro entre risas. Luna no pudo contenerse tampoco.

—¿Tú también lo crees, Luna?

—le preguntó Adrián con una intensidad que la asustó.

Habían descubierto sus intenciones con aquel jueguito de miradas y gestos provocativos.

—Desde luego sois un regalo para la vista.

Estos se rieron, satisfechos con la respuesta. Adrián le dio un codazo amistoso a Rubén y fue a

sentarse al lado de Luna.

Esta se quedó mirando su abdomen definido y plano y sus manos hormiguearon por las ganas que le entraron de palpar cada una de sus ondulaciones.

—¿Qué estás mirando?

—Nada concreto. Me gusta el panorama.

Sonrió coqueta poniéndose las gafas en lo alto de la cabeza.

—Lo mismo digo, preciosa.

La miró de arriba abajo y sonrió con lascivia. El corazón de Luna se desbocó y quiso ponerse el vestido para tapar su bikini de dos piezas de triángulos y cordelitos.

No sabía si era mejor o peor que el conjunto de lencería que llevaba cuando se encontró con Adrián en la piscina. Desde luego parecía que lo preparaban con antelación para verse con poca ropa. Estaba empezando a ser una mala costumbre y se riñó a sí misma porque en el fondo, eso le gustaba.

Quiso cerrar los ojos y relajarse con el ruido del mar, pero no se sentía para nada relajada. Tener a Adrián justo al lado, tan cerca que podía tocarle, no le permitía dejar la mente en blanco. Luna se limitó a mirar las olas romper contra la arena.

—¿No os aburrís aquí tiradas sin hacer nada más que tostaros al sol? —inquirió Adrián.

—Sí hacemos cosas. Nos ponemos crema, leemos revistas y charlamos.

—¿Sobre qué charláis? —preguntó con curiosidad.

—Cosas de chicas.

Adrián resopló.

—Esa respuesta está muy manida.

—Lo siento, pero son secretos de estado. Si te los contara —dijo mirándole con una amplia sonrisa — tendrí­a que matarte.

Él le devolvió la mirada,

oscurecida por el deseo.

—Bueno, si lo haces tú, no me importaría. Con tal de que lo hagas...

Dejó caer una proposición fuera de contexto pero cargada de promesas y Luna no sabía si reír, llorar, darle una bofetada o lanzarse sobre él allí mismo. Una decisión complicada teniendo en cuenta que su cuerpo le pedía lo último, pero incluso su mente era consciente de que aquello era un error. Pero un error tan tentador, que no sabía si resistirse sería posible. O si en realidad era lo que deseaba.

9

Pasaron un rato muy agradable. Charlaron sobre sus trabajos, sus vidas y sus metas.

Luna se enteró de que Adrián estaba allí ahora, porque su padre quería que tomase las riendas del hotel para poder viajar con su nueva esposa. Él habría querido pasar unos años más sin responsabilidades serias a pesar de que llevaba prácticamente toda la

vida preparándose para ello. Estudió turismo, varios idiomas y sabía todo lo que necesitaba para llevar un negocio así, pero en la práctica, aunque estaba preparado para el cargo, no sabía si lo estaba para todo lo que implicaba: muchas horas de trabajo y no poder ir de aquí para allá como tanto le gustaba. Sin rendir cuentas a nadie. Claro que como se trataba de su legado, no podía hacer otra cosa más que hacer lo que se esperaba de él.

A Luna no es que le sorprendiera mucho su falta de entusiasmo, pero sí le infundía

cierto respeto el hecho de que aunque Adrián no estuviera contento con lo que le esperaba, iba a hacerlo de todos modos. Al fin y al cabo, parecía que no era tan mal tipo como pensaba.

Sin embargo con las mujeres era otra historia y sabía que no podía bajar la guardia con un hombre como él, con tanta experiencia a sus espaldas y con esa habilidad para dejar a todas las féminas sin habla con su presencia y esa sonrisa de rompe corazones.

Cuando decidieron que habían tomado bastante sol, Tania sorprendió a Luna con su propuesta.

—Deberíamos hacer algo los cuatro juntos. ¿Tenéis planes para esta tarde?

Iba a decirle que ella no tenía ganas de salir a ningún lado, cuando Adrián la interrumpió.

—Podríamos quedar en mi casa para ver una película y luego salir a cenar.

Luna se puso tan nerviosa con la perspectiva de ver una película con Adrián, en una sala oscura y uno al lado del otro, que no supo qué decir.

—Es una gran idea —soltó Tania con entusiasmo.

—Sí. Muy buena —convino

Luna algo tensa y sin disimular su tono sarcástico.

No pudo creer que estuviera aceptando someterse a aquella tortura. Su corazón se aceleró cuando Adrián le lanzó una mirada provocadora, de esas que le hacían temblar de arriba abajo y la dejaban sin aliento.

Bien podría haberle dicho que ella pasaba del tema, pero en el fondo, muy en el fondo, la idea le resultaba tan atrayente como perturbadora.

¿Qué le estaba pasando? Se preguntó a sí misma. Jugar con fuego nunca había estado entre sus

predilecciones, pero allí estaba, metiéndose en la boca del lobo con la clase de hombre que menos le gustaba. Aunque tampoco es que estuviera pensando en tener nada serio con él. Porque por otro lado, sería imposible. Sin embargo si no tenía cuidado, acabaría con el corazón roto y echa un mar de lágrimas.

La cantidad de estupideces que hace la gente cuando está de vacaciones, es asombrosa, meditó.

—Aún no sé qué narices hago

aquí —murmuró Luna.

Tania se había sentado junto a ella en los asientos traseros del coche de Rubén. Sabía que lo de hacer algo los cuatro juntos había sido una encerrona, pero le había repetido varias veces, que estaban de vacaciones y tenían que divertirse, hacer cosas diferentes y que no olvidaran nunca. De lo contrario, bien podían haberse ahorrado el viaje y haber salido una noche de fiesta en Granada, sin más.

Le había preguntado a Lunasi de verdad no le apetecía subirse a ese barco refiriéndose a Adrián ,

alegando que era el tipo perfecto para tener una aventura: guapo, con un cuerpazo diez, con mucha experiencia en la cama y sin expectativas de una relación. Era perfecto para quitar las telarañas, bromeó. Así cuando volvieran a Granada, podría atesorar un montón de buenos y picantes recuerdos de esos días en Almuñécar. Luna le había dicho que no estaba nada segura de querer ese barco en concreto, pero no iba a llevarle la contraria en cuanto al resto. Al fin y al cabo, ella misma pensaba igual y aunque quisiera negarlo, no podía. Lo que era obvio era obvio.

—Relájate. Nadie te va a comer.

Luna resopló.

—A menos que tú no quieras, claro está —soltó Tania con sorna.

Empezaron a reír como niñas y Luna sintió algo de tranquilidad desde que el dichoso plan de la película se había puesto en marcha. Aunque dicha tranquilidad duraría poco, ya que estaban a punto de llegar.

Eran las ocho de la tarde y como había refrescado un poco, Luna llevaba un vaquero azul con una blusa de tirantes rosa de un tono claro que combinó con unas

sandalias de plataforma y un cárdigan de punto negro hasta las rodillas. Había dejado su pelo suelto y caía liso por su espalda. Tania se había puesto un vaquero negro con una camisa de color gris perla y unos colgantes muy llamativos. No tuvo ganas de ponerse tacón alto y optó por unas bailarinas grises. Era la primera vez que Luna parecía más alta que Tania, puesto que esta, con su metro setenta, le sacaba unos diez centímetros.

Antes de salir le había preguntado a Luna si no se había arreglado demasiado para estar en

casa viendo una película. Esta se quedó pensativa un instante hasta que recordó que más tarde irían a cenar y que no iba a cambiarse otra vez. Aunque quiso restarle importancia, Tania se preguntó si en realidad no estaría empezando a sentir algo por Adrián. Estuvo pensando durante un buen rato, si al final habría sido una buena idea quedar, pero de todos modos, ahora ya no había vuelta atrás.

Rubén aparcó el coche frente a la puerta de casa de Adrián. Antes de que bajaran del coche, él ya estaba saliendo al exterior con una amplia sonrisa.

El estómago de Luna dio un vuelco al verle, con su pantalón vaquero oscuro y una camiseta negra que marcaba sus músculos. En conjunto, con el pelo negro que llevaba siempre algo alborotado, hacía que resaltara aún más el azul de sus ojos. No podía creer lo guapo que estaba.

Dejó la puerta abierta para que pasaran, y cuando lo hizo Tania, le dedicó una sonrisa amistosa. Esta se acercó a darle un beso en la mejilla y Luna se preguntó si no debería hacer lo mismo a modo de saludo. Le daba un poco de corte, pero ahora le

parecía una grosería no hacerlo. Rubén entró, dándole una palmada en la espalda, y llegó su turno. Se quedó mirándole y su expresión se volvió más seductora que segundos antes. Parecía que reservaba sus armas solo para ella. Adrián, no se cortó un pelo y puso su mejilla bien visible, invitando a Luna a darle un beso allí. Lo hizo sin dejar de sonreír. Qué cara más dura tenía, pensó. No se cortaba un pelo.

Adrián soltó un suave gemido como respuesta y Luna no pudo evitar sonrojarse. Este cerró la puerta de un golpe y pasó su brazo por los hombros de Luna. Se sintió

un poco cohibida y cruzó los suyos sobre su pecho, como un escudo. Él sin embargo, parecía muy cómodo con aquel gesto tan familiar. Ella pensó lo bien que estaría ser la clase de persona que hace lo que quiere sin preocuparse del qué dirán o qué pensarán. Deseó ser un poco así, para olvidarse de los prejuicios que tenía y ser más libre, pero no sabía si lo conseguiría alguna vez. Claro que tener esa libertad, también comportaría aceptarse como es cada uno, con las virtudes, los defectos y también las limitaciones de cada persona.

—Marga nos ha preparado

unas palomitas y unos tentempiés, así que podemos bajar al sótano a la sala de cine.

—¿Tienes una sala de cine en casa?

—Sí —respondió. No lo dijo con presunción, sino con entusiasmo juvenil—. Te encantará. Hace poco compré un sofá modular que es una pasada. Ocupa casi toda la habitación.

Y no mentía. Luna y Tania pudieron ver que el sótano estaba tan bien amueblado como la planta principal. Todo era moderno y estaba ordenado. De revista. Había un salón con una cocina americana,

un baño completo, un pequeño gimnasio y una habitación para invitados. Adrián hizo un tour completo antes de ir a la otra habitación.

La sala tenía una gran pantalla de televisión, varias mesas de café y un sofá con forma de U que lo ocupaba casi todo, aunque la habitación era enorme y el conjunto no resultaba recargado. En la mesa de centro, había cuatro cartones de palomitas de los que se venden en los cines y varias bandejas con aperitivos salados, refrescos y vasos para todos.

Tania cogió del brazo a Luna y

se sentaron en los asientos centrales. Esta tardó un instante en comprender cuál era su intención: que Rubén y Adrián se sentaran a cada lado y así podrían hacer manitas si les apetecía. A Tania estaba claro que sí, pero Luna aún tenía sus dudas.

—¿Qué película vamos a ver?

Adrián tenía un mando en la mano y encendió el deslumbrante y exageradamente grande televisor. Se quedó mirando como si aquella pregunta no tuviera el menor sentido.

—Bueno, yo no tengo ninguna de dramas del siglo diecinueve ni

comedias románticas, así que... una de miedo —terminó diciendo.

Luna suspiró mientras que Tania sonreía y se apretujaba contra Rubén ocupando solo uno de los asientos.

—Vale, pero como luego tenga pesadillas, tú tendrás la culpa.

—Tranquila, si te quedas a dormir —comenzó hablando con voz neutra—, yo te protegeré de los monstruos que hay bajo la cama para que no te hagan nada.

Su tono había ido adquiriendo matices roncos y Luna se estremeció. Carraspeó y le dio luz verde para que pusiera la película.

A ninguno de los presentes se le escapó el detalle de que no había respondido a su propuesta. Tania incluso se dio cuenta de que tampoco la había rechazado con rotundidad, así que aquello no iba tan mal como imaginó. Aunque aún tenía ciertas reservas.

Luna tenía el cuerpo agarrotado de tanto contraerse. Le gustaban las películas de miedo, pero prefería verlas de día y sin que un tipo atractivo estuviera tan cerca de ella. Y se puso todavía

más rígida cuando Adrián posó su brazo de manera muy conveniente en el respaldo de su asiento. Menudo truco, pensó.

Sus piernas se rozaban continuamente y más aún cuando Adrián se levantaba para coger algo de la mesa, a pesar de que se encontraba muy cerca. Resultaba obvio que lo hacía a propósito y no es que a Luna le desagradara, pero le estaba poniendo más nerviosa que todas las muertes que aparecían en pantalla. No sabía cómo se podía ser tan sanguinario, pensó con una mueca de desagrado. Era extraño lo truculentas y morbosas

que son las películas de terror, aunque le ponían los pelos de punta, no podía dejar de mirarlas.

Luna se sobresaltó cuando unos dedos que no eran suyos, se dejaron caer en su hombro desnudo. Hacía rato que había decidido quitarse el cárdigan, porque allí no hacía frío precisamente. Ahora no sabía si había hecho bien. Su corazón empezó a latir a un ritmo acelerado y temió que Adrián pudiera oírlo.

Sus dedos se movían con deliberada lentitud, haciendo que incluso esa leve caricia, estuviera enardecido a Luna. Esta echó una

miradita disimulada a su lado y vio que Tania y Rubén estaban muy apretados el uno contra el otro. Se preguntó si no debía hacer igual y dejarse de nervios y tonterías, al fin y al cabo, casi estaba dispuesta a tener algo con él.

Recogió sus piernas hacia arriba y las rodeó con sus brazos. Notó por el rabillo del ojo, que Adrián no perdía detalle de sus movimientos y se atrevió a mirarle directamente. Él le lanzó una mirada juguetona con los ojos brillantes por el resplandor de la pantalla de la televisión. Al parecer decidió que ya estaba bien de

sutilezas, porque metió un brazo por debajo de sus piernas, haciendo que cayeran por encima de los muslos de él. Con una mano la descalzó mientras que con la otra la apretó contra él. Podría parecer una postura incómoda, pero cuando Luna apoyó la cabeza en el hombro de Adrián y respiró ese aroma tan masculino y sexy, casi se derrite. Permaneció allí un rato sin rechistar, porque, ¿por qué iba a hacerlo?

Se estaba la mar de bien, se dijo.

Dejó de ver la película aunque no de mirar la pantalla, pero era

incapaz de centrarse. Imposible.

Adrián jugueteaba con sus pies desnudos sin hacerle cosquillas, sino como un masaje súper relajante. Luna tuvo que contenerse para no gemir de placer allí con Tania y Rubén justo al lado.

—¿Te está gustando la *pele*?
—inquirió Adrián en su oído con un tono grave y sensual.

Algo le dijo a Luna que no se estaba refiriendo a eso, sino a algo mucho más íntimo.

—Sí —susurró con voz trémula.

Su pecho se movió y ella dedujo que sonreía. Pero no pudo

pensar mucho más en eso cuando notó algo bajo sus piernas que no estaba hacía un rato. Se incorporó a medias y no supo muy bien qué hacer. Hacía tanto tiempo que no despertaba el deseo en un hombre, y menos en uno como él, que por un momento estuvo tentada de salir corriendo de allí.

Sin embargo, estaba harta de huir de las relaciones en general y de los hombres en particular. No quería ser por más tiempo Luna la cobarde.

Adrián estaba tan cerca que sólo tuvo que bajar unos centímetros su rostro para estar a la

altura de ella. Sin detenerse a pedirle permiso, supuso que por si se negaba, posó sus labios de forma suave sobre los suyos. Luna sintió un estremecimiento por todo el cuerpo. Por nada del mundo iba a negarse aunque cierto pudor le sobrevino al recordar que no estaban solos.

Pero ese sentimiento se iba difuminando conforme el deseo de ambos iba aumentando. No podían evitarlo, llevaban un par de días jugando al ratón y al gato y aunque era muy estimulante jugar con los límites, tensar la misma cuerda puede que al final acabe

rompiéndola. O en este caso, que los dos terminaran por explotar y devorarse el uno al otro.

A pesar de que estaban siendo silenciosos y discretos teniendo en cuenta las circunstancias, un carraspeo les llamó la atención. Dejaron de besarse y los dos miraron hacia el lado ocupado por la pareja.

—Oye, algunos queremos ver la película, pero no una porno — soltó Rubén con sorna—, así que ¿por qué no os vais a una de tus muchas habitaciones que tienes y os relajáis, a solas?

—Esa coletilla sobraba —

espetó Adrián—. Si no te conociera bien, diría que te has vuelto un puritano.

Rubén chasqueó la lengua y le miró con una sonrisa burlona. Tania también tenía una expresión risueña y pícara, lo que hizo que Luna se ruborizara.

Tragó saliva y suspiró, mirando la pantalla y resguardándose contra el hombro de Adrián.

—Veamos la película —animó ella—. Creo que está a punto de acabar.

No lo sabía a ciencia cierta, pues había perdido el hilo hacía

rato, pero necesitaba romper el momento de tensión sexual entre ella y Adrián, y también hacer callar a Rubén para que no siguiera metiéndose con ellos.

Adrián la abrazó con fuerza y pegando su boca a su oído, susurró muy bajito:

—¿A punto de acabar? —
inquirió con provocación—. A mí me queda cuerda para rato —
bromeó.

Mordió con suavidad el lóbulo de su oreja y Luna tuvo que reprimir un gritito. Se contrajo su estómago y deseó que la película terminara para poder ir a cenar y

rematar la noche. Por mucho que le costara admitirlo, incluso ante sí misma, no podía pensar en otra cosa desde que le vio hacía un rato. Quería meterse con él entre sus sábanas. Y es que un cuerpo como aquel estaba hecho para retozar en una cama y el que dijera lo contrario, no tenía ni idea.

No dijo ni una palabra más. Tampoco le miró, porque sabía que si sus ojos se encontraban con aquellos azules tan intensos, ya no habría marcha atrás. Ni película, ni cena, ni amigos.

Aunque le pesaba, sabía que era cierto: al lado de Adrián se

convertía en otra persona. Una
mucho más libre, o eso pensaba.
Solo tenía que decidir si esa
persona le gustaba a ella misma.

Tendría que averiguarlo.

Terminaron de ver la película y en lugar de ir a cenar, se quedaron picando lo que el ama de llaves de Adrián les había preparado.

—Marga es una cocinera excelente —murmuró Rubén mientras engullía unos saladitos caseros.

Todos estuvieron de acuerdo. Se quedaron allí sentados en la sala de cine, viendo en la televisión una

serie de dibujos animados.

Eran las dos de la mañana cuando empezaron a notar cansancio y decidieron que la fiesta había acabado por el momento. Adrián miraba de un modo extraño a Rubén, de modo que Luna soltó una risita nerviosa y miró a Tania, que arqueaba las cejas y tenía una expresión de perplejidad absoluta. No sabía qué tramaban esos dos.

—Es muy tarde —comentó Adrián de manera casual—. Si queréis os podéis quedar a dormir aquí.

—¿Qué? —gritó Luna.

Todos la miraron. Adrián con

picardía, Rubén con curiosidad y Tania con los ojos entrecerrados y una mirada calculadora. Estaría meditando los pros y los contras de aceptar la invitación. No quería que Luna se viera presionada o llevada a algo que no deseaba. Claro que siempre podían compartir habitación ellas dos y así evitar malos rollos.

—¿Te parece bien? —le preguntó con cariño.

Estuvo tentada de decir que no. No sabía si estaba preparada para aquello. Pasara lo que pasara entre ella y Adrián, hacía demasiado tiempo que no salía con

nadie por un buen motivo que ella misma había confeccionado a conciencia, y dar ese paso hacia delante le daba auténtico pavor. Sin embargo, había quedado consigo misma, en que iba a dejar de ser la chica cobarde que esconde la cabeza ante la menor señal de peligro y ya estaba harta. Respiró hondo.

—Sí, claro.

—Genial —dijo Tania sonriente. Ella sabía cuánto le costaba aquello a Luna aunque no conociera todos los detalles de su historia con Hugo, pero había pasado tiempo suficiente con ellos

cuando eran pareja, como para intuir lo más oscuro, al menos en parte.

Adrián se frotaba las manos interiormente. A Luna no se le escapaba ni un detalle de su reacción. Esperaba que esa noche hubiera tema. Para ella el sexo era algo importante y no sabía si a la hora de la verdad, sería capaz de frivolizarlo para convertirlo en algo sin importancia, pero en algún momento de su vida tendría que intentarlo al menos. Era una mujer independiente de siglo veintiuno y ya era hora de lidiar con la libertad de poder elegir a quién se

entregaba. Aunque pensándolo fríamente, no sabía si racionalizarlo era la mejor forma de llevar a cabo todo el asunto, ya que guiada por esa regla, tenía que tener en cuenta que acostarse con un tío en la primera cita no era una idea brillante que se diga.

Entonces sonrió. No podía hacer aquello pensando en cada detalle. Tenía que dejarse llevar, como solía aconsejarle Tania. Y ella tenía más experiencia en este tema, así que debía de tenerla en cuenta.

Subieron a la segunda planta de la vivienda y Adrián les enseñó

una de las habitaciones de invitados. Rubén cogió en volandas a Tania y se despidieron de ellos entre risas. Al cerrar la puerta, Adrián se quedó mirando a Luna.

—¿Te enseñé las otras dos para que puedas elegir la que más te guste?

—Está bien.

No había hecho ningún gesto para presionarla, ni miradas fijas, ni sonrisas provocadoras. Luna no sabía si sentirse aliviada, decepcionada o una mezcla de ambas. Optó por la tercera opción.

Las otras dos habitaciones de invitados eran sencillas, espaciosas

y muy cómodas. Se notaba que había tenido ayuda para la decoración de la casa, porque todo estaba perfecto: los muebles, los colores y los pequeños detalles, como flores y velas decorativas en algunos rincones. Se dijo a sí misma que podría estar muy cómoda en cualquiera de ellas pero cuando terminó el recorrido se dio cuenta de que aún quedaba una habitación que no había visto. La de Adrián. Como parecía pensativo, Luna pensó que igual había perdido interés y ya no la deseaba.

No tenía forma de saberlo, a menos que se lanzara ella. Pero

como nunca antes había dado el primer paso con un hombre, desconfiaba bastante de sus aptitudes.

—¿No me enseñas la tuya? —
inquirió sin ser consciente de que esas palabras habían salido de su boca.

Adrián abrió mucho los ojos, pero más que sorpresa, era qué, ¿ilusión?, ¿esperanza?, se preguntó Luna. No pudo evitar reírse.

—¿Qué ocurre, es que es la primera vez que una mujer entra en tu dormitorio?

—La verdad es que... sí —
dijo con una expresión de

culpabilidad.

—Entiendo —dijo Luna.

Claro que lo comprendía, no era tan difícil que un hombre como él, que estaba acostumbrado a llevar la voz cantante, hiciera ese tipo de cosas. Era Adrián el que decidía con quién y dónde, así que ninguna mujer que hubiera pasado por su cama, tendría la oportunidad de ponerse cómoda en ella para quedarse. Porque eso no ocurría jamás.

—Creo que prefiero la primera que me has enseñado —le dijo. Empezó a caminar hacia allí. Irónicamente, era la que quedaba

más alejada de la habitación de Adrián.

Notó que una mano la sostenía por la muñeca y tiraba de ella. Luna acabó chocando con el duro y musculado pecho de Adrián.

—Ven —fue lo único que dijo casi en un susurro.

Luna se dejó guiar. Una luz muy suave inundó la estancia y ella se quedó con la boca abierta. Era un dormitorio precioso y un poco más fastuoso que el resto de la casa. Los muebles eran de madera oscura, el armario con puertas correderas ocupaba toda una pared. Junto a esta, había una cómoda y un

espejo enorme apoyado contra la pared contigua, era de un dorado envejecido muy oscuro y la cama... era una obra de arte; con cuatro postes y unas suaves y finas cortinas blancas bajaban de cada uno. Podría parecer sacado de un libro de época, pero el estilo de los muebles en general era sencillo y sin ninguna floritura. La pintura blanca de la habitación daba la luminosidad necesaria, ya que el suelo de madera oscura no ayudaba a ese propósito.

Se habría quedado con la boca abierta de par en par, si no fuera porque estaba tan sorprendida que

no le salió ni aquel gesto. Luna vio que Adrián encendía algunas velas en las mesitas de noche. Lo que le dio a aquel mágico lugar, un toque fantástico.

Adrián cogió un mando a distancia y encendió algún aparato que Luna aún no había visto. Cuando se giró, se encontró con la chimenea más moderna que había visto nunca. Parecía un televisor enorme encastrado en la pared. El calor que desprendía le venía muy bien, porque aún refrescaba por la noche.

Ahora comprendía mucho mejor el celo con que Adrián

guardaba aquel pequeño refugio en su propia casa. Ella haría igual.

Se preguntó si dentro de él no habitaría el alma de un hombre romántico de esos de novela.

No pudo pensar mucho más, porque Adrián se acercó con paso seguro hacia ella. Cogió el bolso y el cárdigan que ella sostenía y lo dejó sobre un sillón que había en la esquina junto a la lámpara de pie que daba esa luz tan exquisita. Luna no hizo ningún gesto, tenía miedo de despertar y descubrir que todo aquello era un sueño.

Adrián se quedó plantado frente a ella y Luna tuvo que

levantar la cabeza un poco para que sus ojos se encontraran. No sabía qué lo había impulsado a llevarla a su habitación, que era casi como un santuario para él, pero había sentido una necesidad que no pudo controlar y ahora allí la tenía. Levantó las manos y acariciando su pelo, lo echó un poco hacia atrás. Los labios de Luna quedaron a su disposición y Adrián no iba a desperdiciar la oportunidad. Se inclinó hasta acercarse a ellos y con una suavidad poco habitual en él, los acarició. La tentó con su lengua y recibió una tímida respuesta al principio, que poco a

poco se fue convirtiendo en un fuego que adquiriría nuevas proporciones.

Recordaba vagamente lo que le había contado de su ex, así que pensó que ir despacio sería lo mejor, aunque le resultara complicado, puesto que no estaba acostumbrado a ese tipo de concesiones.

Al cabo de un momento no pudo pensar en nada más, el cuerpo pegado contra el suyo estaba despertando el animal que llevaba dentro y una vez que salía a jugar, le costaba la misma vida contenerse, pero una vocecita

interior le susurraba que debía andar con tacto porque Luna no era como las mujeres superficiales que solía rondar.

Se apartó a duras penas y se dio cuenta de que Luna parecía confusa.

—Deberíamos ir más despacio —dijo resollando por falta de aliento—. Piensa que...

—No quiero pensar —interrumpió ella—. Estoy harta de darle vueltas a las cosas.

Negó con la cabeza y prosiguió.

—Hace tiempo que no estoy con nadie, pero no quiero vivir

asustada nunca más.

Adrián imaginó que se refería a que no había mantenido relaciones sexuales desde que Hugo muriera, y puede que incluso antes de que ocurriera

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con curiosidad.

—Mmm... algo más de un año... —dijo ella con un mohín en sus apetecibles labios.

Lentamente fue penetrando en la mente de Adrián lo que ella le había dicho. Más de un año. Él era la clase de hombre que no pasaba ni una semana sin sexo con una mujer diferente en cada ocasión ,

y ella había estado doce meses completos y a saber cuánto más, porque en realidad le daba pavor preguntar. Si ella lo tenía tan claro, Adrián se sintió con el deber de hacer que Luna disfrutara al máximo de uno de los mayores placeres de esta vida.

—Si estás segura, haré que no olvides esta noche jamás.

—Lo estoy —susurró ella.

Luna temblaba de excitación. Creía que le iba a resultar más difícil hacerlo, pero sabía que estaba en buenas manos, que no fiables, pero sí expertas sin duda. Adrián besó su frente y fue bajando,

dejando pequeños besos hasta la mandíbula. Se entretuvo allí un rato y entonces bajó los tirantes de su camiseta muy despacio. Cuando su sujetador de encaje color crema quedó al descubierto, la sonrisa de Adrián se amplió aún más. Luna pudo ver cómo sus ojos resplandecían como los de un niño el día de navidad. Ella le devolvió el gesto y se sintió más tranquila por momentos.

Abrió la boca por completo cuando Adrián se quitó la camiseta. Era tan sexy que a Luna se le secó la boca. Él le sujetó las manos para que las colocara en sus hombros y

se abrazó contra él sin dudar. El beso que se dieron fue ardiente y tan apasionado que ambos empezaron a sentir un deseo irrefrenable por el otro. Luna colocó sus manos en la nuca de Adrián y profundizó más el beso. Se aferró a él como si su vida dependiera de ello y Adrián no tardó en responder con un gesto animal. La cogió por las rodillas para que Luna le rodeara la cintura con ellas. Aprovechó para abrir el botón de su pantalón con una mano y lo dejó caer al suelo mientras caminaba hacia la cama sin perder tiempo.

Luna se sorprendió por la rapidez con la que Adrián quedó completamente desnudo y no perdió detalle. Era como un dios griego. Lamió sus labios y le miró con deseo. La mirada de este se oscureció y su sonrisa malévola dejó a Luna hecha un manojito de instintos y deseos desesperados por él.

—Vamos a ver qué tienes aquí —murmuró Adrián con voz ronca y una media sonrisa muy tentadora.

Desabrochó sus pantalones y tiró de ellos hasta hacerlos desaparecer. Observó que llevaba unas braguitas minúsculas del

mismo color que el sujetador.

—Por muy tentadoras que sean, vamos a deshacernos de ellas ahora mismo.

Las deslizó por sus piernas con una lentitud deliberada que dejó a Luna sin aliento. Las manos de Adrián iban acariciando cada centímetro de su piel bronceada sin dejar de mirar el vértice de sus muslos con expresión hambrienta.

Tiró la prenda al suelo sin miramientos y se acercó a ese lugar sin dejar de mirarla a los ojos.

Luna no estaba preparada para aquella intimidad con él, pero hacía demasiado tiempo que nadie le

dedicaba aquellas atenciones, que no dijo absolutamente nada cuando Adrián jugueteó con sus húmedos pliegues. Le arrancó incontables jadeos con su pericia y cuando estaba temblando, al borde del orgasmo, se retiró. Luna estuvo a punto de gritarle que no se detuviera.

—Nadie te ha dicho que dejaras lo que estabas haciendo.

Él soltó una carcajada y le plantó un sonoro beso en los labios.

—Tranquila nena, es que quiero sentirlo todo cuando por fin subas a la cima.

Se incorporó y bajó de la

cama. Abrió el armario y buscó algo en un cajón. Luna estaba desesperada porque continuara con lo que le estaba haciendo, porque la volvía loca, pero esperó paciente. Mejor sin prisas, se dijo. Así disfrutaría de cada momento, que era mucho más de lo que pudo hacer cuando estuvo con Hugo.

Adrián volvió con un par de preservativos en una mano y la caja en la otra. Luna se preguntó si estaría llena y si él pensaba gastar todo eso con ella. La perspectiva le atraía muchísimo aunque ella no estaba acostumbrada a ese tipo de maratones sexuales.

Contuvo el aliento cuando tiró los preservativos a un lado de la cama y se fue acercando a ella. Pasó una mano por su espalda y se deshizo del sujetador, dándole vía libre para acariciar sus erguidos pezones. Les dedicó unos minutos, pero no podía aguantar más y Luna tampoco. Mientras ella se sujetaba a su espalda y arqueaba la pelvis hacia él, Adrián se entretuvo en darle pequeños besos y mordisquitos en los labios.

Con sus dedos la preparó hasta que la sintió húmeda y lista para él. Luna no paraba de moverse, sobre todo cuando Adrián

empezó a acariciar también con la palma de su mano su zona más sensible. Pensó que se correría si continuaba frotándose contra su clítoris.

Al fin él debió de compadecerse de ella, porque cogió uno de los preservativos sueltos que trajo consigo y se lo puso en un tiempo récord.

La cogió por debajo de ambas rodillas para que ella las colocara alrededor de su cintura y así lo hizo. Se fue deslizándose hacia su centro y Luna notó cómo hacía presión y poco a poco se iba adentrando en ella. Adrián tocó con

su frente la suya y resopló con los ojos cerrados. Al abrirlos, le dedicó una mirada lasciva que la calentó aún más.

Jugó un rato con su húmeda entrada, tanteando si realmente estaba preparada y Luna se dijo que si continuaba así, empezaría a cogerle miedo a semejante tamaño, estaba segura de que le haría daño porque además de que hacía mucho tiempo, desde luego, también le faltaba entrenamiento.

Pero no hubo ese problema cuando al final Adrián la penetró en profundidad. Luna tembló de placer y soltó un grito ahogado. Notaba

que Adrián se estaba conteniendo y se lo agradeció en silencio. No podía creer que estuviera preocupado por su bienestar, pero así era. Se movía despacio, sin dejar de mirarla a los ojos para evaluar su reacción. Sin embargo, a Luna le costaba mantenerlos abiertos, porque era tan intenso, que su cuerpo entero estaba fuera de control.

Adrián cambió hábilmente de posición y Luna quedó a horcajadas. Le apretó los muslos para entrar en profundidad en ella y no tardaron en encontrar un ritmo que gozaran los dos. Cuando Luna

creyó que llegaría al clímax, él la interrumpió y volvió a ponerse encima. Entonces la delicadeza parecía haberse esfumado y empezó a embestirla con fuerza. Fuera de control. A Luna le encantó y se apretó aún más contra él, rodeándole con las piernas.

Solo se oían suaves gemidos aumentando de volumen con los segundos y el choque de los dos cuerpos, a punto de explotar de éxtasis.

La rudeza salvaje de Adrián se elevó aún más, trasportando a Luna al orgasmo más brutal que había experimentado jamás. Él no tardó

en seguirla, hundiendo sus labios en su cuello y mordiendo con suavidad, sin hacerle daño pero provocando un delicioso escalofrío en una parte muy concreta de su anatomía.

Quedaron boca arriba, recuperando el aliento. Adrián se quitó el preservativo y fue al baño para tirarlo a la papelera. Asomó la cabeza al dormitorio y le lanzó una mirada hambrienta.

—¿Te das una ducha conmigo?

—Está bien —dijo sonriente—. Pero creo que necesitaré más tiempo que tú para recuperarme —dijo mientras se recogía de nuevo

el pelo con la goma que llevaba en la muñeca.

Cuando fue hasta el cuarto de baño, Adrián la sujetó con fuerza contra él y empezó a besarla con ardor. Las piernas de Luna apenas la sostenían y cuando él se dio cuenta, aumentó la sujeción.

—En un minuto estoy preparado para ti, muñeca —dijo con voz ronca—. Me pones como una moto.

Se alejó de ella a duras penas para abrir el agua de la ducha. Luna pudo echar un vistazo al cuarto de baño más grande que había visto nunca. Era de mármol de un tono

crema oscurecido por vetas marrones, tenía una ducha con mampara y una bañera de patas. Dos lavabos con un espejo enorme y un armario en la parte de abajo ocupaban toda una pared. Parecía un *spa*.

Pensó en el baño de la casa de su abuela con una mueca. No le desagradaba, pero las instalaciones eran tan viejas, que a menudo se congelaba por las mañanas cuando se lavaba la cara y se quemaba la piel cuando se duchaba en una diminuta bañera con cortina. No había comparación posible, claro que le tenía cariño por ser la casa

de su adorada abuela, el lugar donde había pasado más tiempo en toda su vida. Su hogar.

Eso le recordó que tenía que llamarla, habían pasado varios días y no tenía por costumbre desatenderla de esa manera. Aurora se manejaba bien a sus setenta y tantos años. Luna pensó con cariño que no había conseguido nunca que la abuela le dijera su edad exacta. Pero lo que sí era cierto, era que se conservaba muy bien y deseó envejecer algún día, como lo estaba haciendo ella.

Adrián la tomó de la mano y la hizo entrar en el plato de ducha. El

agua templada la recorrió y sintió un estremecimiento. Él no tardó en entrar con ella y cerrar la mampara de cristal. No usaron esponja, sino que se enjabonaron con las manos el uno al otro. Adrián no pudo ocultar cuánto le gustaba aquello y Luna vio que estaba más que preparado para su segundo asalto.

Se quedó con la vista clavada en su miembro durante demasiado tiempo sin ser apenas consciente.

—¿Qué estás mirando? — murmuró Adrián con una sonrisa lobuna.

Empezó a acariciarse a sí mismo y Luna se mordió el labio

inferior. Con la mano libre, le acarició la mejilla a Luna y le dio un húmedo beso en los labios.

—Me gusta cuando esos ojos marrones tan dulces me observan con deseo.

—Mmm...

No pudo articular palabra cuando él cogió su mano para que continuara con los rítmicos movimientos por su larga y dura erección.

Apretó la mandíbula cuando notó que ella aplicaba un poco de presión en la punta para volver a hacer todo el recorrido hacia la base. No se quedó quieto, sino que

se dedicó a masajear sus pechos con maestría a la vez que la besaba apasionadamente.

—Si no te detienes, me correré aquí mismo —siseó.

Luna aumentó la velocidad de sus caricias y jadeó también. Aquello era muy erótico. Adrián empezó a mover la pelvis hacia ella con movimientos cortos y al cabo de unos minutos se derramó sobre la parte baja de su vientre.

Cuando volvieron a enjabonarse, con idénticas expresiones de satisfacción porque ambos habían logrado lo que buscaron, Luna se colocó frente al

agua para limpiarse bien y Adrián, que estaba detrás, se pegó a su espalda.

—Tu turno —susurró en su oído—. Abre un poco las piernas.

Ella lo hizo y la mano de Adrián viajó hacia su entrepierna, húmeda por sus fluidos y por el agua que seguía corriendo, facilitó que él moviera su mano arriba y abajo para conseguir la fricción apropiada. Procuró echar la cabeza hacia atrás para no mojarse el pelo y se apoyó por completo en él.

Con dedos hábiles, estimuló su clítoris a la vez que introducía dos dedos en su interior, llegando a un

punto concreto que la hizo gritar de placer.

Luna no podía recordar porqué había tenido tantas reservas para acostarse con él, ya que estaba claro que era el hombre perfecto para pasar un buen rato y olvidarse hasta de su nombre entre sus brazos.

No tardaron en salir del agua y secarse con mullidas toallas que Adrián sacó del armario. Se envolvieron y fueron a la habitación donde después de quedar completamente desnudos, se metieron entre las sábanas y se quedaron dormidos. Hacía mucho

tiempo que Luna no dormía abrazada a un hombre y Adrián no lo había hecho nunca con una mujer y mucho menos en su propia cama , pero los dos coincidían en una cosa: les pareció lo más natural del mundo.

Cuando despertaron, entre risas y besos se vistieron, se asearon por turnos y bajaron al a cocina para desayunar.

Adrián preparó café y cogió de uno de los armarios superiores, varios dulces envueltos en plástico.

Normalmente ninguno de los dos desayunaba bollería industrial, pero no tenían ganas de preparar nada más esa mañana.

Para asombro de Luna, no había incomodidad ni tensión entre los dos. Parecían una pareja normal que pasa un rato agradable por la mañana antes de irse a trabajar. O en su caso, a disfrutar de la piscina. Pero tenía que recordarse de que aquello era pasajero, porque por muy bien que se llevaran a partir de ahora, sabía que Adrián no era la clase de hombre que lo dejaría todo por una mujer, ni siquiera sus costumbres de pica flor.

Ninguno se dio cuenta de que mientras charlaban animadamente, Tania y Rubén, les observaban a distancia con asombro, como si de un día para otro les hubieran cambiado el *chip* y fueran otras personas. Claro que lo que hicieron por la noche, cambió sin duda la dinámica entre los dos. Ahora se entendía mejor, al menos en el plano sexual. Aunque entre ellos no había cabida para los sentimientos, al menos se tratarían mejor a partir de ese momento.

Un carraspeo los hizo girarse para encontrar a la pareja caminando hacia ellos con la misma

expresión de asombro. Luna se sonrojó y sin embargo, Adrián se sintió satisfecho de sí mismo, para no variar.

—Vaya, parece que anoche la fiesta continuó en privado —soltó Rubén como si nada.

Luna se puso blanca. Miró a Adrián y pensó lo peor, que habían hecho tanto ruido, que su amiga y Rubén les oyeron a la perfección. Pero como él no parecía sorprendido, su estado pasó a la confusión.

—Tranquila, las paredes están insonorizadas. Es imposible que oyeran nada —espetó con un atisbo

de amenaza en su voz.

Todos rieron por lo bajo, Luna lo hizo con nerviosismo y cierto alivio, aunque ahora todos estuvieran al tanto del hecho de que se habían acostado. Aunque ya ves, no habría tardado demasiado en contárselo todo a Tania, por lo que poco importaba que lo supiera ya.

Desayunaron en un cómodo silencio, que solo rompió el sonido de un teléfono. Adrián se levantó para contestar y se quedó allí en el salón. Luna no tardó en averiguar que la persona que le llamaba era su padre, por trozos de la conversación que escuchaba. Se

preguntó si su pequeña aventura llegaba a su fin ahora que al parecer, Adrián iba a asumir el papel que le tocaba en el negocio familiar. Estaba claro que tendría que dedicarle muchas horas al principio y la realidad era que ella estaría una semana y media como mucho en Almuñécar. Pronto se iría a Granada y todo acabaría.

Su inesperada sensación de tristeza desapareció cuando Adrián dejó el teléfono inalámbrico en la mesa del salón y volvió con ellos.

—Tengo que reunirme con mi padre. Al parecer mi madrastra se ha adelantado a lo que habíamos

previsto y ha reservado unas vacaciones de un mes en Punta Cana —dijo con evidente molestia—. Voy a tener que ponerme al día en poco más de una semana si no quiero hundir el hotel en ese mismo plazo de tiempo.

Chasqueó la lengua y se pasó las manos por el pelo con nerviosismo.

—Seguro que lo harás bien —le animó Luna.

—Claro tío, además, puedes llamar a tu padre cuando necesites cualquier cosa —concluyó Rubén.

—Ya, bueno —dijo restándole importancia con un gesto con la

mano—. Tengo que irme, he quedado con él ahora mismo en su despacho.

Miró a Luna, sentada a su lado en un taburete de la península de la cocina, y sonrió.

—Te llamaré mañana, ¿vale?
—se quedó pensativo un momento—. No sé a qué hora terminaré hoy, porque a veces mi padre se enrolla como una persiana y tiene que condensarlo todo en unos días, así que acabará por explotarme la cabeza... seguro —terminó con cansancio.

—No te preocupes —dijo con serenidad.

Luna no sabía si en realidad intentaba librarse de la obligación de repetir lo de anoche y ahora tenía la coartada perfecta, pero no quería pensarlo demasiado.

La regla número uno para no sufrir era no obsesionarse, ¿no? Bueno, no tenía la más mínima idea pero eso precisamente era lo que iba a hacer. Solo eran dos personas que se habían conocido e intercambiado una noche de sexo salvaje, nada más. Lo habían pasado bien y ahora, a otra cosa. Estaba convencida de que esa nueva máxima, la ayudaría desde ahora y en el futuro.

No tardaron en volver todos al hotel, Luna en el coche con Adrián y la otra pareja en el de Rubén. Permanecieron junto a la recepción mientras este se despedía de Tania para ir al trabajo. A los demás los saludó con la mano antes de salir por la puerta.

Para asombro de Luna, Adrián se despidió de ella con un beso en la mejilla. Pero eso no era lo único que la dejó atónita en ese momento. Había un hombre mayor justo detrás de ellos que salía de las oficinas tras la recepción. Era el mismo que se encontró el sábado cuando iba a coger el ascensor. Se sintió tonta

por su reacción, porque ahora que estaba sobria y menos nerviosa, se daba cuenta de que parecía un hombre serio y no un cualquiera que pretendía seducirla. Un hombre que además, se parecía mucho a Adrián... y casi sin duda era su padre. Estupendo, pensó con ironía.

—Adrián —le llamó.

Este se volvió y sonrió.

—Hola papá. Enseguida voy.

—Bueno —dijo acercándose—, ¿no me presentas a tus amigas?

—Claro. Esta es Luna García y ella es Tania Sánchez —señaló a cada una y luego miró en su dirección—. Este es mi padre,

Manuel Hidalgo.

Con una gran sonrisa, Manuel las saludó con dos besos en las mejillas.

No dijo nada de lo que ocurrió el sábado y Luna se lo agradeció, además, fue una soberana tontería y tampoco quiso darle más vueltas. Sin embargo, él la miró con intensidad y supo que no lo olvidaba. Con consternación, Luna pensó que igual creía que estaba algo chiflada.

Fue amable con ellas y les preguntó por su estancia. Les aseguró que si necesitaban alguna cosa, podían acudir directamente a

él porque si eran amigas de su hijo, debían de ser especiales. Se echaron a reír y tras una breve conversación, Luna se dio cuenta de que era un buen hombre. El miedo irracional que la invadió cuando lo encontró esperando el ascensor, estaba solo en su cabeza y ya iba siendo hora de olvidar esos prejuicios sobre todos los hombres de la Tierra.

Se despidieron y Manuel volvió al despacho donde Luna se imaginó a Adrián trabajando. Esa mañana se había puesto muy elegante con un traje y corbata y solo con pensar en él, se encendió.

Estaba tan bueno que quitaba el aliento.

Esa imagen la persiguió todo el día mientras ella y Tania iban a la playa. Echaron un día estupendo aunque por la noche, aún no tenía noticias de Adrián. Por la mañana se habían intercambiado los teléfonos e imaginó que le mandaría algún mensajito, pero no fue así. Tendría que hacerse a la idea de que eso era todo.

Llegó el fin de semana. Rubén había pasado por el hotel un par de

noches para recoger a Tania. Como compartían habitación, no era un buen plan que la echaran a la calle, así que Luna se quedó allí sola. Tampoco le importaba mucho, porque durante el día salían de compras, bajaban a la playa y a la piscina, visitaban el *spa* y el gimnasio, y en general no tenían tiempo de aburrirse. Sin embargo echaba de menos algo. Un “algo” con nombre y apellidos por mucho que ella intentara que no fuera así.

Los recuerdos de esa noche en su casa la perseguían y no se lo quitaba de la cabeza, a pesar de no haber recibido ni una llamada ni

mensaje en casi seis días. Lo peor de todo, era que a veces le veía salir a comer con otros hombres trajeados, incluido su padre, y ni siguiera le dirigía una mirada. Parecía cansado y serio, algo que consoló en parte a Luna. Estaba trabajando en algo que le habían impuesto a la fuerza y se imaginaba que no estaba del todo contento.

Su mente también imaginaba otro tipo de situaciones, y era que había encontrado a otra mujer o un harén de mujeres más bien con la que pasar su tiempo. Esos pensamientos no le gustaban nada de nada.

Luna y Tania se arreglaron para salir. Eso las animó bastante, sobre todo a Luna. Tenía ganas de bailar y eso fue precisamente lo que hicieron en la discoteca del hotel.

Cuando al cabo de un rato, Rubén apareció en el reservado donde estaban ellas tomando una copa, el ambiente, inevitablemente, cambió.

Había descansado suficiente del bailoteo y Luna se levantó para dejarles intimidad. Le guiñó un ojo a su amiga antes de ir a la barra

para pedir otra copa.

Notó que alguien se acercó por detrás. Era como si su cuerpo pudiera sentir su presencia. Sabía que era Adrián. Se giró a medias con una sonrisa y solo vislumbró sus ojos azules. Luna se preguntó dónde había visto antes esa mirada...

—¿Quieres otro mojito? —inquirió burlón, haciendo alusión a la primera vez que se encontraron en ese mismo lugar.

—Claro, si me invitas —dijo Luna predispuesta.

Adrián se situó a su lado y colocó sus brazos junto a los suyos.

El cálido contacto les calentó al instante a los dos. La mirada de él se volvió más oscura y perversa, algo que enloqueció a Luna más de lo que admitiría jamás en público.

—¿Me has echado de menos?
—preguntó juguetón.

Ella quiso hacerse la dura y compuso una expresión pensativa negando con la cabeza.

—La verdad es que no —
mintió con descaro—. Hay muchos entretenimientos por aquí.

La sonrisa de Adrián se acentuó. Había pillado su mentirijilla, pero no dijo nada, sino que la miró con lascivia y acercó su

boca a su oído.

—Moría por llamarte, pero he tenido tanto trabajo que apenas cenaba al llegar a casa —explicó—. Caía en la cama y en cuestión de segundos estaba dormido.

—¿Cómo ha ido el trabajo?
¿Duro?

Adrián la miró con sorna tras decir esa última palabra, pero enseguida se puso serio.

—Es difícil, hay un montón de papeleo todavía y tengo que ponerme al día con muchas cosas, pero creo que la semana que viene seré capaz de estar al corriente con cada departamento. El gerente es un

buen tío que lleva aquí más de seis años, por lo que tampoco me preocupa demasiado.

—Bien, seguro que serás un buen Rey en tu reino —comentó Luna soltando una carcajada.

Él la imitó.

—Así que Rey, ¿eh?

—Que no se te suba a la cabeza.

—Se me puede subir otra cosa —soltó con voz ronca en su oído. La agarró de la muñeca y sonrió—. Ven, tengo que enseñarte una cosa.

Salieron de allí y Adrián la condujo por varios pasillos hasta que llegaron a la zona principal de

la entrada y recepción. Fueron hasta allí sin detenerse y Luna imaginó que iban a su despacho. Varias imágenes locas se le cruzaron por la mente, pero las desechó porque sin duda, eran demasiado.

Notó que estaba en lo cierto cuando dejaron atrás varias puertas semi abiertas y se detuvieron en la del fondo. Era un espacio amplio, cómodo y típico de los despachos. Pintura blanca, muchas estanterías con libros y fotos, sillones cómodos y relucientes de color negro y una mesa enorme con forma de medio círculo con varios aparatos electrónicos y papeles.

Encendió una lámpara de pie que había en un extremo de la habitación y fue a apagar la otra mientras cerraba con el pestillo. Luna esperó con cierto nerviosismo a que volviera acercarse a ella. La idea de hacerlo en un escritorio en un lugar tan público, a pesar de saber que a esas horas no había nadie más que el recepcionista de turno, la dejó paralizada. La situación tenía mucho morbo, no podía negarlo, pero era una completa locura y jamás había hecho nada parecido.

Adrián caminó hacia ella con paso lento y una sonrisa satisfecha

que encendió a Luna. Se humedeció los labios y se preparó para el asalto, pero él hizo las cosas tan despacio que creyó que moriría.

Empezó a besarla con suavidad, aumentando la pasión poco a poco, como a fuego lento. Acarició sus muslos hasta subir el vestido ajustado de color verde de manga corta que llevaba. Le sujetó el pelo hacia un lado y bajó la cremallera por detrás, dejando que las pequeñas mangas bajaran con suavidad. El conjunto gris perla que llevaba, dejó a Adrián sin aliento, tanto que apenas podía apartar la mirada de sus pechos.

—¿Qué estás mirando? —
inquirió Luna con un tono burlón,
imitando esa pregunta que él le
había hecho en varias ocasiones.

—Estoy contemplando lo
perfecta que eres.

Hundió la boca allí, justo en
medio y Luna echó la cabeza hacia
atrás, gimiendo fuerte, sin
importarle nada más.

El ritmo se fue acelerando
poco a poco y Adrián se deshizo de
su traje y de la ropa interior con
una furia desmedida, le estorbaba
todo. Alzó a Luna para sentarla en
la mesa y le pidió que se tumbara
allí. Exploró su monte de Venus con

los dedos y luego con la boca, sin dejar de jadear a cada paso que daba. Luna estaba a punto y él lo sabía. Se puso un preservativo y la penetró con fuerza. Los dos gritaron a la vez. Sin dejar de mirarse a los ojos, se dejaron llevar.

La ayudó a incorporarse. Le acarició las mejillas sonrojadas y la besó a conciencia. Luna se sentía como trasportada a otro universo paralelo, donde quizás aquellas pequeñas aventuras podrían convertirse en algo más. Pero no quería engañarse. Se repitió una y otra vez, que las palabras de Adrián, serían, lo más seguro, una fórmula aprendida para conquistar

a todas sus mujeres del pasado. Luego venía la patada en el culo y la típica amnesia masculina.

Tenía que ser realista. Le miró y sonrió algo tensa.

—Nunca lo había hecho en un despacho.

—Ni yo —aseguró con una amplia sonrisa—. Pero es que llevo encerrado aquí toda la semana sin dejar de pensar en ti y en las cosas que quería hacerte en esta mesa. Creo que a partir de ahora trabajaré mucho más alegre —añadió con suficiencia.

—Qué envidia. Mi mesa es tan pequeña que solo cabe mi portátil y

unos estantes para mis papeles — dijo Luna sin sentir pena en absoluto por ello, le gustaba mucho su trabajo.

Adrián la miraba mientras se vestía.

—¿En qué trabajas?

—En la inmobiliaria de los padres de Tania. Somos amigas desde siempre y hace dos años empecé a trabajar con ellos. Como estudiar Administración de empresas no me sirvió de mucho, pues Tania me dijo que sería un buen cambio —explicó con entusiasmo—. La verdad es que me encanta.

—¿Trabajas allí en la capital, no? ¿Tienes allí a tu familia?

Luna no pudo evitar ponerse triste.

—Vivo con mi abuela, en la capital sí. Tengo suerte de estar trabajando cerca.

Adrián no perdió detalle de cada una de sus palabras. Escondían dolor pero también cierta resignación. Quiso saber más y consolarla. Aunque aquel pensamiento le sorprendió, no dio marcha atrás como solía hacer siempre con las mujeres. Sentía verdadera curiosidad por todo lo relacionado con ella, porque se dio

cuenta de que le interesaba de un modo al que no estaba acostumbrado, pero no le importó demasiado. Tampoco le dio miedo.

Se acercó a ella y le puso la mano en la barbilla, para que le mirara a los ojos.

—¿Qué fue lo que les pasó?

—Murieron en un incendio cuando yo era pequeña. He vivido con mi abuela materna desde entonces, era la única familia que tenía.

—Lo siento, debió de ser terrible—le dijo antes de abrazarla. Luna asintió.

Luna se sintió querida y

reconfortada y a pesar de lo peligroso que era aquello, no le importó. Estando en los brazos de Adrián, se sentía segura y saboreó el momento.

El domingo fueron todos a comer fuera. Rubén conocía los mejores restaurantes de la zona y se escapó del trabajo un par de horas para acompañarles.

Ninguna de las dos recordaba haber pasado unas vacaciones iguales, se lo estaban pasando mejor que en toda su vida. Cuando

estuvieron a solas por la noche, ambas confesaron sus pocas ganas de volver a la realidad. Esa tarde se quedaron en su habitación.

Tania le estuvo contando lo maravilloso que era Rubén, alabando cómo la trataba y lo bien que lo pasaban en la cama y Luna se descubrió haciendo justo lo mismo. Sus sentimientos empezaban a cambiar y ella se daba cuenta, pero no quería darle muchas vueltas al asunto. Por eso cuando Tania le preguntó si estaba enamorada de Adrián, ella lo negó en redondo. No podía caer en ese agujero. Era sin duda, un error.

—Mejor, Luna. Porque no quiero verte sufrir por otro hombre.

Las palabras de Tania no tranquilizaron a Luna y se sintió fatal por ello, ya que sospechaba que eso era precisamente lo que le ocurría: se estaba enamorando. Y lo que era peor, estaba segura de que sus sentimientos no serían correspondidos nunca.

Puso una película de sus favoritas para no darle vueltas a la cabeza. Tania se durmió al poco rato y ella la vio hasta el final. Después puso otra, y luego otra.

Se levantó tarde esa mañana. Pensó que como no iba a ver a Adrián hasta el jueves, que según él, se lo tomaría libre, pues tenía que aprovechar los días que le quedaban para visitar la ciudad, comprar algún recuerdo para la abuela que sabía que le encantaban y además se lo había recordado cuando hablaron la última vez y aprovechar los días de sol en la playa, porque hasta dentro de unos meses no podría volver a tomarse tiempo libre.

Tania estuvo de acuerdo y esos días se dedicaron a hacer un poco

de turismo, ir de compras y tomar el sol como si se fuera a acabar. Ambas quedaron con unos bronceados de envidia para cuando volvieran a la ciudad y se lo estaban pasando en grande. La pena que tenían, era que todo se acabaría el sábado, que era cuando volvían. Ya estaban a miércoles por la tarde, por lo que tenían que sacarle partido al hotel.

Se estaban cambiando para ir a la piscina climatizada, cuando Luna recibió un mensaje extraño de Adrián. Esos días no le había llamado, pero sí le dejaba mensajes divertidos por la noche, así que el

tono del que recibió, la dejó pensativa. Era algo frío aunque había añadido emoticonos al final y a pesar de que le daba mala espina, acabó de ponerse rápidamente su vestido playero y cogió sus cosas para la piscina.

—Tania —la llamó. Esta estaba cambiándose en el cuarto de baño y contestó levantando un poco la voz—. Tengo un mensaje de Adrián. Voy a ver qué quiere y nos reunimos en la piscina en un rato, ¿vale?

—Tómate tu tiempo —respondió entre risas.

—Va, seguro que no es eso.

—Lo dicho, sin prisas. Yo estaré relajándome en la piscina mientras hacéis buen uso de esa mesa de escritorio.

Luna chasqueó la lengua. Como se lo contaban todo, luego tenía que aguantar que Tania hiciera bromas al respecto.

—Chao —se despidió.

Solo oyó sonidos de besos a través de la puerta y Luna se fue con una sonrisa en los labios. No sabía qué haría sin su mejor amiga del alma.

Adrián estaba buscando su teléfono por todas partes. Se tenía que ir en un rato, para cenar con su padre y comentar algunas cosas de los contratos de los empleados, y lo necesitaba. Si todo iba bien y no tardaban mucho, igual podía verse con Luna esa noche y no esperar hasta el jueves. No podía dejar de pensar en ella. Y no solo en su cuerpo desnudo bajo el suyo, sino en su fresca forma de ser, en esos grandes ojos marrones que poco a poco iban adquiriendo más vida... Todo en ella le encantaba. No estaba habituado a recrearse pensando en las mujeres con las

que se acostaba, pero Luna era tan distinta a las demás, que no se sorprendía que se estuviera encariñando. ¿Quién se lo iba a decir? Adrián Hidalgo, colgado de una mujer. De una sola... inaudito.

Dejó de pensar en eso cuando su enfado creció. Se preguntó dónde puñetas habría soltado el teléfono. Últimamente no paraba de hacer llamadas y también de recibirlas a montones, así que no entendía cómo había olvidado dejarlo en el bolsillo de su chaqueta.

Salió de su despacho y entró en el contiguo, donde su secretaria

estaba aún trabajando a pesar de que hacía más de una hora que debió de marcharse, como bien le recordó.

—Vanesa, ¿has visto mi teléfono? Llevo buscándolo un buen rato.

—Sí, lo siento. Lo vi antes en la recepción y te lo iba a devolver, pero entré para coger una cosa y me olvidé —dijo con una falsa sonrisa.

Adrián la miró con suspicacia. Era bueno para saber si alguien mentía, y algo le decía que esa chica con cara de buena, no había dicho ni una sola palabra sincera en todo ese discurso.

—¿Puedes devolvérmelo, por favor?

—Claro. Está en la estantería —dijo señalando detrás de ella—. En la parte de arriba.

Adrián bordeó su silla y tanteó el estante para coger su teléfono. Pero no había ni rastro de él.

—Aquí no está —dijo molesto.

—Vaya. No sé dónde lo habré puesto —dijo bajando la voz.

Se dio cuenta de que Vanesa le miraba de manera seductora. Llevaba el uniforme del hotel: una falda de tubo azul marino y una blusa blanca abotonada, excepto los

dos últimos de arriba, con lo que dejaba una buena porción de sus abultados pechos a la vista. Evitó esa zona concreta y la miró con furia, pero conteniéndose al darse cuenta de que estaba jugando con él. Tenía que recuperar su teléfono.

No recordaba que la secretaria de su padre le hubiera insinuado nunca nada, pero ahora allí la tenía, con esa juvenil belleza mirándole como si se fuera a lanzar sobre él en cualquier momento. A pesar de su evidente atractivo, Adrián no quería nada con ella. Pero Vanesa parecía tener otros planes. Se abrió la camisa de un tirón, lanzando

varios botones al suelo y dejó su sujetador de encaje blanco a la vista. No pudo evitar fijarse mientras se acercaba un paso más, pero él no tenía el menor interés en desnudarse para ella.

—Deberías frenarte un poco, Vanesa —le pidió con seriedad. No podía moverse y ella se pegó aún más.

—¿Por qué? ¿Acaso esperas a alguien?

De manera instintiva, Adrián miró hacia la puerta abierta y lo que vio no le hizo ninguna gracia. Y mucho menos la situación.

Luna estaba allí plantada con

los ojos muy abiertos y pálida ante la escena que se estaba desarrollando en sus narices. No le costó imaginar lo que pensaba.

Se marchó de allí con paso ligero, asqueada por la escena que acababa de presenciar. No era ninguna sorpresa, pero no podía evitar sentir un dolor punzante en el corazón. Conforme se alejaba, oyó algunas palabras provenientes de las oficinas.

—¿Estás loca?

—¿Qué? Eres un imbécil...

Las voces se difuminaron poco a poco. Cesaron cuando Luna entró en el ascensor de camino a su

habitación.

Cuando cruzó la puerta, se dejó caer contra ella y sollozó. Tenía claro que era absurdo sentirse así por un hombre al que apenas conocía. Más aún, sabiendo la clase de hombre que era, pero al parecer su corazón le había ganado la partida a la razón. Se quitó las lágrimas con furia, no podía creer que estuviera llorando por Adrián: el depredador de mujeres. Qué absurdo.

Se sobresaltó cuando oyó unos golpes en la puerta. Más aún cuando distinguió la voz de Adrián.

No quería hablar con nadie, y

menos con él, pero tampoco deseaba que todos los huéspedes de la planta se enteraran de sus intimidades así que después de adecentarse, abrió y le dejó pasar.

Parecía preocupado. Luna imaginó que sería por él mismo, no por ella. Trató de mirarle con indiferencia a pesar de que sus lágrimas la delatarían, pero no iba a dejar que la convenciera. Eso se acabó.

—¿A qué has venido? ¿A darme alguna excusa barata?

—¿Qué? ¡No! —dijo apesadumbrado—. Vengo a explicarte lo que ha pasado.

—No hace falta, tu mensajito era para que os viera en faena, ¿me equivoco? —escupió con furia—. Una pena que llegara antes de tiempo —dijo subiendo la voz—. Si no querías volver a verme, solo tenías que decirlo. Tan sencillo como eso.

—¿De qué mensaje hablas? —inquirió confuso—. Si hace rato que no encuentro el móvil y Vanesa dijo que...

Las palabras se le trabaron en la lengua. No podía creerlo. Adrián comprendió porqué Vanesa parecía tan furiosa cuando no consiguió seducirlo. Había planeado todo

aquello para que Luna rompiera con él.

Antes de salir de allí, ella le había gritado que le había visto entrar en el despacho principal con Luna unos días antes y les había oído, aunque Vanesa no sabía cómo se llamaba y en realidad se refirió a ella con un apelativo poco cariñoso. Estuvo a punto de golpearla por la impotencia, pero sabiamente se contuvo. No era esa clase de hombre y nunca lo sería por muy furioso que estuviera. Fue tras Luna para explicarle lo sucedido y ahora que la tenía delante, no parecía que eso

estuviera surtiendo efecto.

Intentó explicarle las conclusiones de lo que él sabía que había ocurrido.

—Te aseguro que no ha pasado nada entre ella y yo. Además, nunca saldría con el personal del hotel —le explicó con seriedad.

Luna cruzó los brazos. No sabía si creerle. Sentía demasiado miedo a sufrir aunque eso era precisamente lo que estaba pasando. Le dolía verle allí delante dando explicaciones, imaginando que si no fuese la secretaria joven y guapa, sería otra la que caería en

sus redes.

—Oye, sé que puede costarte creerme, pero no es culpa mía que ella se me haya lanzado así.

—Porque llegué yo —
concluyó.

—¿Insinúas que no sé controlarme?

—No, no insinúo eso. Lo que te digo es que no eres capaz de tomarte las relaciones en serio. Tú mismo me lo dijiste.

Adrián se pasó las manos por el pelo con nerviosismo. Quería acercarse y abrazarla, pero sabía que no era una buena idea.

—¿Es eso lo que quieres, una

relación sería conmigo? —inquirió con suavidad.

Luna se tapó la cara con las manos. Estaba agobiada y solo deseaba marcharse de allí.

—No lo sé —espetó furiosa.

Tenía miedo de confesarle lo que sentía porque estaba convencida de que Adrián le tiraría su amor a la cara y se quedaría tan tranquilo. Era lo que acostumbraba a hacer con todas las mujeres y ella no quería ser una más del pelotón desechable.

—Si no sabes lo que quieres, no sé cómo esperas que lo sepa yo.

Luna suspiró con cansancio.

—Lo que quiero es irme de aquí y seguir con mi vida —terminó la frase sintiendo un dolor desgarrador que difícilmente pudo ocultar.

Adrián la miró con los ojos entornados.

—No iré detrás de ti, suplicando que te quedes. Nunca lo he hecho.

Después de un silencio muy incómodo, Luna tomó una decisión. Si Adrián no iba a luchar por ella, tampoco lo haría por él. Fue hasta la puerta, a solo unos pasos y la abrió para invitarle a marcharse.

—Pues entonces adiós —

Adrián pasó por delante y le lanzó una mirada intensa, pidiéndole algo, pero no sabía el qué—. Que te vaya bien —dijo con la voz rota.

Cerró la puerta y se echó a llorar.

No tardó mucho rato en recoger todas sus cosas mientras llamaba a un taxi. Se cambió de ropa por algo más cómodo para el trayecto, aunque no sería muy largo, y bajó a la piscina para hablar con Tania. Tenía miedo de encontrarse con Adrián por el camino, pero tuvo la suerte de que el edificio estaba casi vacío.

Como era natural, su amiga no

se lo tomó muy bien y quiso volver con ella, pero Luna se negó en redondo, no quería fastidiarle los pocos días que aún tenía para verse con Rubén. No quería cargar con aquello también. Aunque con esfuerzo, logró convencerla. Se despidieron con un abrazo y le hizo prometer que la llamaría en cuanto estuviera en Granada.

Hasta el lunes siguiente no tenía nada que hacer, así que tendría tiempo suficiente para reponerse antes de volver al trabajo.

Esperó en la puerta con la maleta al lado y cuando llegó el

taxi, sintió un nudo en el estómago. No quería irse de esa manera, pero sabía que era lo mejor. Con un último vistazo desde la ventana trasera del coche, se puso en marcha rumbo a su sencilla y cómoda vida en la provincia que la había visto crecer y también sufrir. Se preguntó si alguna vez llegaría a ser feliz de verdad.

Adrián no sabía si llamarla, mandarle mensajes, las dos cosas o ninguna de ellas. Estaba confundido, triste y sobre todo,

echaba de menos a Luna a pesar de que había sido él quien saliera por la puerta. Podría haberla abrazado, besado y así lograr que olvidara lo ocurrido, pero su expresión dolida le hizo replantearse sus tácticas. Si quería que le creyera, tendría que hacerlo de otro modo.

Era muy consciente de lo que le había dicho: que no iba a suplicarle que se quedara. Pero en cuanto salieron de su boca esas palabras, se arrepintió y aún peor, sabía que no eran ciertas. No podía dejarla escapar, pero no sabía lo que hacer para convencerla de que ya no era ese tipo inconsciente y

seductor.

Como había quedado con su padre para cenar, no le quedó más remedio que ir a casa a cambiarse. Se dio una ducha y tras ponerse un vaquero y una camiseta, cogió el coche rumbo a su destino. Por desgracia, aunque estaba acostumbrado a tratar a Lorena, la mujer de su padre, no le apetecía cenar con ella también. No estaba de humor para sus sermones. Aunque quizás esa noche le sirvieran de algo, porque precisamente estaba tratando de ser un hombre mejor para la chica que tanto le gustaba.

Estaba distraído cuando llegó y así se mantuvo toda la cena. No podía dejar de pensar en Luna. ¿Sería verdad que se iba a marchar? La sola idea le dejó un regusto amargo.

—Hijo, baja a la Tierra de una vez.

—¿Qué?

Manuel y Lorena se miraron y luego posaron sus ojos en él. Ya sospechaban quién le tenía ensimismado, porque Adrián les había hablado de Luna en alguna ocasión durante la cena, pero en realidad no sabía si dos personas que se habían divorciado ya una

vez, serían los mejores consejeros del mundo. Sin embargo, no tenía nada que perder por intentarlo, no creía que la cosa pudiera empeorar más. Les relató lo ocurrido y se quedaron muy serios.

Su padre fue el primero en hablar.

—Tranquilo, mañana tendré la carta de despido de Vanesa.

—No creo que haya que tomarse las cosas así, si hablo con ella y se lo dejo claro, más claro aún en todo caso —añadió—, seguro que todo se arregla.

—Adrián, creo que no comprendes una cosa. En el hotel

hay normas muy estrictas con respecto a las relaciones entre empleados. Están prohibidas. Ella lo sabe igual que todos. A ti no te lo dije antes, porque sé que nunca te has mezclado demasiado con la plantilla, pero ahora que lo sabes y estarás al mando, tendrás que tomar cartas en el asunto si vuelve a pasar.

—Está bien —dijo sin más.

No podía ocultar que estaba más tranquilo sabiendo que no vería más a Vanesa, que por su modo de actuar, sabía que daría problemas si continuaba siendo su secretaria y no quería eso nada más

empezar. Mucho menos después de lo que le había hecho a Luna.

Eso sí que no lo perdonaría.

—En cuanto al resto — empezó diciendo Lorena—, creo que ya sabes lo que tienes que hacer. Ve a por ella y si aún sigue en el hotel, dile lo que sientes. Ser sincero es lo mejor.

—¿Crees que será tan fácil?

—Para nada, eso no es fácil. Pero si la quieres, y está claro que sí, no la dejes escapar.

—Si se ha ido...

—En ese caso —interrumpió su padre—, ya puedes coger el coche para subir a Granada. Hijo,

hay una cosa que debes tener clara en esta vida: por el amor de verdad, hay que luchar.

Vio cómo su padre miraba a su nueva esposa y comprendió algo que no había querido ver cuando sus padres se divorciaron: que antes no eran felices y ahora, su padre lo era con Lorena y su madre también era feliz en Barcelona con su nuevo trabajo y su independencia. Hacía mucho tiempo que no la venía, pero se lo notaba cada vez que hablaban por teléfono. Hay ciertas cosas que es imposible no notar.

Manuel le dijo a Adrián que

no se preocupara si tenía que faltar algún día al trabajo, él se encargaría de dejarlo todo a punto antes de irse, incluso de contratar a una nueva secretaria para el puesto que quedaría libre. Este se lo agradeció y salió rumbo al hotel.

Se maldijo mil veces cuando no encontró a Luna. Tropezó con Tania cuando iba a recepción y por la furibunda expresión de esta, al parecer ya se había enterado de lo ocurrido. Le dijo de malas maneras que se había marchado del hotel y no se dignó a darle más explicaciones. Todo lo que hizo fue mirarle con desprecio y asegurarle

que la había perdido para siempre.

—Eso no ocurrirá. La quiero, ¿entiendes? No pienso dejar que lo nuestro quede así.

Tania pareció ablandarse, pero no lo bastante para decirle dónde vivía exactamente.

—No quiero que vuelvas a hacerle daño. Ya ha sufrido bastante.

—Solo quiero... necesito...

La cara de Adrián no podía ocultar su desesperación. Salió corriendo de allí en busca de su coche. Sabía lo que tenía que hacer, pero no estaba nada seguro del resultado y eso le daba un miedo

que no había sentido antes.

Su corazón tembló por la angustia mientras se dirigía con su vehículo hacia Granada.

Como no sabía por dónde empezar a buscar, hizo el trayecto mientras lo planeaba todo en su cabeza. Se quedaría en un hotel cualquiera del centro y si hacía falta, pasaría por todas y cada una de las agencias inmobiliarias en busca de la única mujer de la que se había enamorado.

Solo tenía clara una cosa: iba a luchar por recuperarla.

Rendirse no era una opción viable.

Epílogo

Después de volver a casa, Luna se encontraba mejor, aunque muy triste. Ni siquiera ver y abrazar a su abuela había conseguido animarla lo suficiente.

No quería preocuparla, así que salió a dar un paseo para despejarse. Echaba de menos a Adrián, pero si algo tenía claro, era que no iría a buscarla. Se lo había dejado muy claro y le entristeció

aún más, el modo en que habían acabado su pequeña aventura. Todo se había complicado demasiado y se culpó. Si no se hubiera enamorado, no se habrían peleado por lo ocurrido y no estaría sufriendo por ello. En el fondo le creía cuando le explicó lo ocurrido, ya que sus reacciones cuando discutieron no eran las típicas de un hombre que en realidad ha intentado ligarse a otra.

Sabía que quizás había cometido un error, pero no podía evitarlo. Saber que todas las mujeres del planeta irían a por él a la menor oportunidad no le gustaba

nada.

Su propia actitud infantil le molestaba. Trató de olvidarlo, porque ya nada tenía remedio, pero la imagen de Adrián, con esos profundos ojos azules y esa sonrisa traviesa, la perseguían cada segundo.

Incluso en sueños.

Tanto era así, que creyó verlo delante, caminando hacia ella con paso seguro y expresión de asombro.

Intuyó que no era un espejismo y su corazón empezó a latir a un ritmo vertiginoso.

¿Había venido a por ella?

Le costaba creerlo, pero si no era ese el motivo, no sabía qué haría allí. Caminando por la acera, sonrió de manera cautelosa y se quedó a varios pasos de distancia.

—Hola —saludó con alegría contenida—. No sabía que te encontraría tan pronto.

Parecía a punto de echarse a llorar de la emoción y Luna se derritió. No podía creer que un hombre como él, pudiera sentirse tan vulnerable estando delante de ella y se enterneció.

—Iba a empezar a buscarte por todas las inmobiliarias de la zona si hacía falta —dijo con voz

temblorosa—. Oye, sé que no tienes motivos para creerme y me merezco que desconfíes, pero debes saber que yo jamás he tenido relaciones con las mujeres que trabajan en el hotel y con respecto al resto de mujeres del país... —dijo con media sonrisa aunque seguía nervioso—. Te prometo que desde que te conocí, ninguna ha provocado el mismo interés que tú en mí.

Luna miró hacia abajo, avergonzada de sí misma al oír sus palabras.

—Siento haberme portado como una niña. Lo que vi me

impactó aunque no fuera exactamente lo que temía al principio —declaró—. Es solo que me dolió verte tan cerca de ella.

La expresión de Adrián se contrajo.

—No tendrás que preocuparte nunca más por ella —espetó con seriedad—. El hotel no tolera ese tipo de comportamientos y hoy está siendo despedida.

—¿Lo dices en serio?

Se sentía mal por la chica, pero dado lo mal que se había portado y el daño que les había hecho a los dos, pronto se le pasó.

—No bromearía con algo tan

serio.

—Ya.

Adrián se acercó a ella, la tomó de las manos y la miró a los ojos.

—No he venido a buscarte para decirte eso.

—Te escucho —dijo con voz suave.

—Quería decirte lo especial que eres y lo importante que te has vuelto para mí en el poco tiempo que hace que nos conocemos.

Luna vio sinceridad en sus ojos y casi no podía creérselo. Había ido a buscarla pese a haberle asegurado que jamás lo haría y allí

estaba, diciéndole cosas tan bonitas. Claro que no era lo único que ella necesitaba para dejarle entrar en su vida y en su corazón.

—Me alegra que pienses eso.

Él la miró y sonrió.

—Oye —le dijo sujetándola por la barbilla para que le mirara—. Podría decirte lo mucho que te quiero, o lo enamorado que estoy, pero es que no es solo eso lo que siento —guardó silencio un instante—. Quiero todo contigo, me gustaría vivir contigo, una vida juntos, una casa y todas esas cosas que hacen que una vida sea completa.

—Yo también deseo todas esas cosas. Siempre lo he querido, pero, ¿estás seguro de quererlo conmigo y dejar atrás tu vida de soltero?

—Nunca he estado más seguro de nada. Aunque no lo creas, mi vida de antes estaba vacía y ahora de repente me planteo una nueva y un futuro que me hacen sonreír desde que me levanto. Es la primera vez que siento algo así. Y todo gracias a ti.

—Parece que lo has pensado mucho —dijo Luna sonriendo al fin.

—Pues claro, preciosa.

—Yo también estoy

enamorada de ti —le aseguró con emoción apenas contenida.

Adrián soltó un suspiro de alivio.

—Menos mal, ya creía que yo sería el único —bromeó.

—Tonto, claro que no.

Se besaron y se abrazaron como si el mundo estuviera acabándose. Aunque tenían cosas que discutir sobre el futuro en común, había algo sobre lo que no necesitaban asegurarse: la certeza de que se amaban, y por fin habían encontrado a esa persona que les correspondía del mismo modo.

A partir de entonces, serían

felices.

Agradecimientos

Sois muchas las personas que me ayudáis y apoyáis cada día. Si me pongo a nombraros, tendría que añadir unas cuantas páginas más con el inconveniente de que podría olvidar algún nombre... así que os mando un fuerte abrazo a todos vosotros desde aquí. Os lo agradezco en el corazón y espero que este relato esté a la altura, que os haya entretenido y enamorado

como a mí al escribirlo.

Como ya sabréis, tengo varios proyectos en mente, así que os espero en las diferentes redes sociales, de este modo podréis ser los primeros en conocer todas las novedades que os tengo preparadas.

Ojalá que sean de vuestro agrado porque desde luego, lo hago con todo el cariño para vosotros.

Sobre la autora

Nació y se crió en Alhama de Granada, España. Estudió en esta provincia varios cursos de Administración y Finanzas, y desde los diecinueve años ha vivido en Almería, Madrid y Cádiz. Actualmente reside en Andalucía.

Le encanta leer, sobre todo novelas románticas en todos sus géneros. Y por supuesto escribir.

Desde el 2012 está escribiendo sin parar y ya cuenta con varios títulos publicados en los que se encuentran:

Novelas románticas: “*Nunca olvides*”, “*Un viaje salvaje*” y “*Mi vampira traviesa*”,

Relatos: “*Amor entre el tiempo y la distancia*”, “*Un encuentro mágico*”, “*La luz de mi vida*”, “*Tus deseos: Relatos románticos*”,

Cuentos juveniles de la serie “*Las brujas de Valle Azul*”: “*Un Lago Místico*” y “*Lo que ocultas*”,

Participa también en una Antología del Club de las

escritoras: *“Pasión y lujuria: Relatos eróticos”*.

Actualmente escribe una novela basada en el relato *“La luz de mi vida”*.

Si quieres saber más, puedes visitar:

<https://twitter.com/OrtigosaK>

[https://www.facebook.com/mise](https://www.facebook.com/mises)

[www.misescritoscarortigosa.bl](http://www.misescritoscarortigosa.blogspot.com)

[www.lasbrujasdevalleazul.blog](http://www.lasbrujasdevalleazul.blogspot.com)